

TRABAJO PRÁCTICO INTEGRADOR DE PRÁCTICAS DEL LENGUAJE

PRIMER CUATRIMESTRE 2024

Curso: **AFTE**

Materia: **Prácticas del lenguaje**

Docente: Ximena Beatriz Xiong

Consideraciones: El trabajo práctico integrador deberá ser entregado en papel, es decir, hoja de carpeta. El mismo deberá contar con nombre y apellido del/la estudiante.

Al habilitarse espacios de consultas en las clases de PLG, no se aceptarán trabajos iguales o realizados con inteligencia artificial.

Al momento de la corrección se valorará la apropiación de los contenidos, las respuestas, la ortografía y la cohesión textual.

Material a trabajar:

- Cuadernillo de Practicas del Lenguaje disponible en el siguiente enlace:

<https://drive.google.com/file/d/1ClvjldECyGUJKwl6t0d8JJm00TpMKU8C/view?usp=sharing>

- Anexo I – Anexo II – Anexo III

Fecha de entrega límite: 03 de septiembre de 2024

Luego de su entrega, y de ser aprobado, se solicitará a los/as estudiantes una **instancia de defensa oral del trabajo práctico integrador**. La fecha será coordinada con el/la estudiante.

EL MITO Y LA LEYENDA

Lectura: Belerofonte y la Quimera ([Cuadernillo pág. 1 a 5](#))

- 1) ¿Qué es un mito? ¿cuál es su característica?
- 2) Luego de haber leído “El Belerofonte y la Quimera”, responde: ¿quién es el personaje principal y secundario? Justifica tu respuesta.
- 3) ¿Qué es una quimera? ¿cómo se la presenta en el relato? ¿cómo fue derrotada?
- 4) ¿Por qué se dice que el “Belerofonte y la Quimera” es un mito heroico y de carácter didáctico?
- 5) ¿A qué tipo de mitología pertenece el relato?
- 6) Identifica el marco narrativo del mito leído.

Lugar	
Tiempo	
Personaje principal	
Personaje secundario	

Antagonista	
-------------	--

Lectura: Pangu y la creación del mundo.

- 7) ¿Por qué se considera al relato denominado “Pangu” como parte de la mitología china?
- 8) ¿Quién es Pangu? ¿por qué decidió poner orden? ¿cómo lo hizo?
- 9) ¿Qué se crea a partir del fallecimiento de Pangu?
- 10) ¿Cuál es el propósito de este relato?

Pan Gu y la creación del mundo

Al comienzo de los tiempos el universo era un oscuro caos, una negra masa de nada. El cielo y la tierra no estaban separados, y tampoco lo estaban el día y la noche, ni el sol y la luna. En la antigua China se lo imaginaban como un gran huevo dentro del cual, las fuerzas vitales del yin y del yang se relacionan una con otra. De esta masa oscura nació la primera criatura del universo. Y se llamó Pangu.

Pangu creció en la oscuridad y durmió durante varios miles de años, pero cuando se despertó se había convertido en un gigante, y al ver que vivía sumido en el caos, decidió poner orden.

Se sintió sofocado, por lo cual empuñó un hacha enorme y la empleó para abrir el huevo. La luz, la parte clara, ascendió y formó los cielos, la materia fría y turbia permaneció debajo para formar la tierra. Pangu se quedó en el medio, con su cabeza tocando el cielo y sus pies sobre la tierra. La tierra y el cielo empezaron a crecer a razón de diez pies al día, y Pangu creció con ellos. Después de otros 18 mil años, el cielo era más grande y la tierra más gruesa; Pangu permaneció entre ellos como un pilar gigantesco, impidiendo que volviesen a estar unidos.

Pangu falleció y distintas partes de su organismo se transformaron en elementos de nuestro mundo. Su aliento se transformó en el viento y las nubes, su voz se convirtió en el trueno. De su cuerpo, un ojo se transformó en el sol y el otro en la luna. Su cuerpo y sus miembros, se convirtieron en cinco grandes montañas y de su sangre se formó el agua. Sus venas se convirtieron en caminos de larga extensión y sus músculos en fértiles campos. Las interminables estrellas del cielo aparecieron de su pelo y su barba, y las flores y árboles se formaron a partir de su piel y del fino vello de su cuerpo. Su médula se transformó en jade y en perlas. Su sudor fluyó como la generosa lluvia y el dulce rocío que alimenta a todas las cosas vivas de la tierra.

Lectura: “Leyenda del otoño y el loro” (Cuadernillo pág. 6, 7 y 9)

- 11) Realiza un punteo de las características de la leyenda. ¿En qué se diferencia con el mito?
- 12) ¿Qué características de la leyenda figuran en “**Leyenda del otoño y el loro**”?
- 13) Identifica al personaje principal, lugar del hecho y tribu.
- 14) Al emprender el rito de iniciación ¿qué le cuenta el protagonista a la tribu?
- 15) ¿Por qué el protagonista se convierte en un loro? ¿Qué características tenía Kamshout con el animal?

EL CUENTO FANTÁSTICO Y REALISTA

Cuadernillo pág. 10 y 11

- 16) Define el cuento fantástico y diferencia los tipos de relatos. ¿Qué elementos sobrenaturales componen a cada uno?

- 17) ¿Cuáles son los temas que trata el cuento fantástico? ¿cómo son sus personajes?
 18) ¿Por qué no debemos confundir al autor con el narrador? Justifica tu respuesta
 19) Completa el siguiente cuadro con los tipos de narradores:

Narrador testigo	Narrador protagonista	Narrador omnisciente

Lectura: “La sogá” de Silvina Ocampo Antoñito López

20) Tras la lectura del cuento “La sogá”, completa el cuadro:

Tema	Personaje	Lugar	Tipo de narrador	Características del cuento fantástico que figura en el relato

21) Extrae del relato los cambios que hace la sogá para convertirse en una serpiente.

22) ¿Qué indicios nos da el narrador sobre el final del cuento?

“La sogá” de Silvina Ocampo

Antoñito López le gustaban los juegos peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Estos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la sogá, la sogá vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la sogá cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca colgada de un árbol, después un arnés para el caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia delante, la sogá se retorció y se volvió con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la sogá lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la sogá, como quien llama a un perro, y la sogá se le acercaba, a regañadientes, al principio, luego, poco a poco, obedientemente.

Con tanta maestría Antoñito lanzaba la sogá y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: “Toñito, no juegues con la sogá.”

La sogá parecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre

sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire, como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba prestar atención a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la sogá saltaba de sus manos para lanzarse hacia delante, para retorcerse mejor.

Si alguien le pedía:

—Toñito, préstame la sogá.

El muchacho invariablemente contestaba:

—No. A la sogá ya le había salido una lengüita, en el sito de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

Toñito quiso ahorcar un gato con la sogá. La sogá se rehusó. Era buena. ¿Una sogá, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En lo barco, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua. La bautizo con el nombre Prímula. Cuando lanzaba la sogá, a cada movimiento, decía: “Prímula, vamos Prímula.” Y Prímula obedecía.

Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.

Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la sogá.

Aquella vez la sogá volvió hacia atrás con la energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó el pecho y le clavó la lengua a través de la blusa. Así murió Toñito. Yo le vi, tendido, con los ojos abiertos. La sogá, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.

Cuadernillo pág. 14 a 16

- 23) ¿Qué recursos utiliza el cuento realista? ¿cómo son sus personajes?
- 24) ¿Por qué los cuentos realistas son verosímiles y los cuentos fantásticos no? Justifica tu respuesta.
- 25) Explica cómo está compuesta una secuencia narrativa.

Lectura: “El gauchito Gil” de Iris Rivera (ANEXO I)

- 26) Busca información sobre el gauchito Gil. Recordá citar fuente.
- 27) Luego de la lectura del cuento, indica cómo se llama nuestro protagonista, dónde vivía y cuál era el contexto de la Argentina en ese entonces. ¿Coincide con la información buscada?
- 28) ¿Qué situación lleva a que el gauchito tenga mala fama y fuera buscado?
- 29) Al no querer enfrentarse contra sus compatriotas el gauchito Gil decide desertar ¿a dónde se esconde? ¿cómo hace para mantenerse vivo? ¿qué empieza a decir la gente sobre él?
- 30) Finalmente, una patrulla da con nuestro protagonista desertor y deciden trasladarlo a Goya para ser juzgado por un tribunal ¿cuál era la pena que se le iba a dar? ¿por qué?
- 31) El gauchito le advierte al sargento que iba a ser perdonado, a pesar de ello ¿qué ocurre? Desarrolla.
- 32) ¿Quiénes y por qué veneran a un santo pagano? ¿qué se le debe dar a cambio?

CUENTOS POLICIALES

Cuadernillo pág. 18 y 19 – 56 - 62

33) Completa el cuadro comparativo de los cuentos policiales.

Cuento policial clásico o blanco	Cuento policial fuera de ley	Cuento policial negro

Lectura: “Los crímenes de la calle Morgue” de Edgar Allan Poe (ANEXO II)

34) Realiza la siguiente ficha técnica del cuento.

Título de la obra:
Autor (junto con una breve biografía):
Año de publicación:
Género:
Sinopsis:

- 35) ¿Qué sucede en la calle Morgue de París, según el diario La Gazette?
- 36) De los testigos entrevistados ¿cuáles consideras que son relevantes para la investigación?
Justifica tu respuesta.
- 37) ¿En qué coinciden y en qué discrepan los testimonios?
- 38) Una característica importante del cuento policial clásico es la investigación deductiva ¿a qué hace referencia ello? y ¿qué pasos debe seguir un investigador?

- 39) ¿El detective Dupin realiza algunos de los pasos para resolver el caso? Argumenta tu respuesta.
- 40) ¿Cuáles fueron los indicios para que el detective y el investigador descartaran que el asesino no era un ser humano? ¿qué aviso publica Dupin en el diario Le Monde? ¿qué logra con ello?
- 41) Con el testimonio de uno de los implicados, realiza un punteo de cómo se desarrollaron los asesinatos.

Lectura: “Estaba escrito de Vicente Battista” de Vicente Battista (Cuadernillo pág. 59 a 61)

- 42) Describe al detective ¿coincide con las características que plantea el cuento policial negro?
- 43) ¿Quién traiciona al protagonista? ¿por qué motivo?
- 44) ¿En qué momento ocurre el crimen?
- 45) Explica el título del cuento en relación al desenlace. ¿Qué estaba escrito?

CRÓNICA PERIODÍSTICA POLICIAL

Cuadernillo pág. 70

- 46) ¿A qué nos referimos con crónica periodística? ¿qué narran y cómo lo narran? ¿qué segmentos la componen?

Lectura: “Cuando me muera quiero que me toquen cumbia” de Cristian Alarcón. (ANEXO III)

Tras la lectura del prólogo y el capítulo 1 de la crónica periodística “Cuando me muera quiero que me toquen cumbia”, responde:

- 47) Investiga sobre la vida de Víctor “El frente” Vital.
- 48) ¿Cómo es presentado éste en la crónica periodística? Señala en el texto las descripciones que hace el autor.
- 49) Relaciona el capítulo 1 con el título de la crónica periodística.
- 50) Responde Verdadero o Falso. Justifica las falsas.

- A) La crónica periodística policial ocurre en la Villa 11-14.
- B) Víctor muere baleado por la bonaerense en la mañana del 6 de febrero de 1999.
- C) El hecho delictivo, robo a una fábrica de muebles, fue efectuado por “El frente” junto con dos pibes chorros.
- D) Ante la persecución, Doña María les da “refugio” en su vivienda a los pibes chorros.
- E) Quien llega a la escena del crimen y reconoce a Víctor es su hermana.
- F) Tras su muerte, “El frente” pasa a ser un santo pagano porque lo que obtenía de los robos lo repartía entre la gente de la villa. Se decía que respetaba los antiguos “códigos”.
- G) Quienes veneran a Víctor piden por dinero, salud y prosperidad.
- H) A Víctor lo entierran con las banderas de River y Tigre.
- I) Cuando hablamos de crónicas, podemos decir que estamos ante un cuento realista.

ANEXO I

En nuestro país, luego de las luchas por la independencia, hubo una serie de guerras entre dos bandos políticos: los unitarios y los federales. A los primeros les decían los “celestes”; a los segundos, los “rojos”. Como siempre sucede en las guerras, estos enfrentamientos entre hermanos fueron también una excusa para que aparecieran las peores cosas del corazón humano: la envidia, el odio y el abuso de poder. En medio de toda esta violencia, se desarrolló la historia de la vida del gauchito Gil. De eso habla el relato que van a leer. Y también de por qué hay tantas personas que piden al gauchito Gil para que les conceda un milagro.

EL GAUCHITO GIL

Se llamaba Antonio este correntino. Y era apenas un gauchito cuando se enamoró de aquella muchacha. Mala suerte: el comisario también le había echado el ojo. Pero ella prefirió al gauchito. Mala estrella: el comisario lo entró a perseguir como si fuera criminal. Hasta que lo encontró. Y fue en la pulpería¹.

— ¡Eh, vos, mocito! — lo apuró.

Pero el mocito no era lerdo y le hizo frente, facón² en mano.

El comisario desenvainó también. Y se trenzaron. Uno era hombre de experiencia; el otro, mozo de habilidad. Y en un momento de descuido, el cuchillo del comisario cayó al piso. El gauchito pudo matarlo ahí nomás, pero dudó. Le perdonó la vida.

Lástima que el otro seguía siendo el comisario,

¹ Almacén y bar de campo.

² Cuchillo grande, recto y puntiagudo.

y ahora tenía una excusa: el gauchito se le había *desacatao*³. De ahí en adelante lo persiguió con más encono. Por atentar contra la autoridad. Así fue como al gauchito le nació la mala fama de tener líos con la policía.

• • •

Cuando se armó la guerra con el Paraguay, el gauchito, como tantos otros, se alistó como soldado para tener ocupación. Y estuvo allá, peleando como cinco años, hasta que la guerra se acabó. Entonces volvió al país.

Pero acá se encontró con otra guerra. Celestes contra rojos. Argentinos todos, pero en guerra.

El gauchito era rojo de pensamiento y de pañuelo. Un día lo quisieron reclutar. A la fuerza... porque él se resistió. No iba a pelear contra sus compatriotas: eso, nunca. Y no le quedó otra que hacerse desertor⁴ junto con varios de su misma idea. Y así anduvieron nomás, escondidos en el monte, escapados.

³ Por "desacatao", el que no acata el mandato de las autoridades.

⁴ Soldado que abandona el servicio a su bandera.

Cosa grave era esa. Por aquel tiempo, se pagaba con la vida.

• • •

La gente entró a comentar que se habían vuelto bandoleros. Otros decían que robaban, sí, pero solo a los ricos y para repartir entre los pobres.

Se hablaban muchas más cosas del gauchito. Que había curado a este y sanado a aquel, por ejemplo. Y con solo imponerles las manos. Y que tenía en los ojos un poder magnético. Y que colgaba de su cuello un amuleto de san la Muerte⁵ que lo protegía del mal.

Así se iba ganando cierto respeto y hasta cierto temor, el gauchito. Hasta que una patrulla lo encontró. Y no hubo san la Muerte ni magnetismo que le valieran.

—Y vos, ¿por qué desertaste? —le preguntaron.

—Ñandeyara se me ha aparecido en sueños —dijo el gauchito—. Y me ha dicho que no hay que pelear entre gente de la misma sangre.

⁵ Culto extendido en las provincias del Noreste. A san la Muerte se le pide por protección y para que haga volver las cosas perdidas.

¿Ñandeyara? ¿El dios de los guaraníes? El sargento a cargo no le creyó. Y decidió trasladarlo a Goya para que lo juzgara un tribunal, a ver si merecía la muerte o no.

Pero, mientras iban de camino, los vecinos del lugar empezaron a juntar firmas para que el gobernador lo indultara⁶. Pensaban que el gauchito era un buen hombre y lo querían libre.

Claro que esto de las firmas empezó a poner nervioso al sargento a cargo. Ya casi llegando a Mercedes, resolvió:

— ¡Qué tribunal ni tribunal! Yo digo que a este gaucho desertor lo matemos acá mismo.

— No me maté, sargento — dicen que dijo el gauchito —. No me maté, que la orden de mi perdón está en camino.

Pero los soldados ya lo habían tirado al suelo, debajo de un algarrobo, y, sin mirarlo a los ojos, le habían atado los pies con una soga larga. La pasaron por encima de una rama y lo izaron de manera que quedó cabeza abajo. Para que no pudiera usar el poder de su mirada y para que el payé⁷ de

⁶ Le perdonara el castigo que se le había impuesto.

⁷ Brujería, hechizo.

san la Muerte, que nadie se animó a quitarle, no pudiera actuar.

Entonces, cuando el gauchito se vio cabeza abajo, le dijo a su verdugo:

— Vos me vas a matar, sargento. Pero cuando llegués a Mercedes, te van a entregar la orden de mi perdón. Y eso no es nada: también te van a decir que tu hijo está muriendo de mala enfermedad.

El sargento no lo miraba.

— Vos no me creés, sargento. Y me vas a matar igual. Pero, cuando llegués a Mercedes, vas a saber que mi sangre es inocente. Y va a ser tarde para que me salvés. Pero salvá a tu hijo al menos. Acordate de mi nombre, invocame. Porque la sangre inocente hace milagros.

Como bien decía el gauchito Gil, el sargento no le creyó palabra y ordenó a los soldados que dispararan. Pero dicen que las balas rebotaron en el san la Muerte y no entraron en el cuerpo del gauchito. Entonces, enardecido, el sargento desenvainó su cuchillo. Y lo usó.

La sangre del gauchito Gil mojó la tierra. Y allí quedó colgado el cuerpo, sin sepultura, en tanto la patrulla recorría el camino que faltaba para llegar a Mercedes.

Al entrar en la ciudad, el sargento recibió a la vez las dos noticias: el gauchito había sido indultado y su propio hijo agonizaba.

Sin desmontar, regresó a todo galope al lugar donde había derramado aquella sangre inocente. Descolgó el cuerpo llorando, y llorando le dio sepultura. Y persignándose invocó el nombre del gauchito Gil. Le pidió perdón y le rogó para que Dios no se llevara la vida de su hijo.

Dicen que, de regreso a Mercedes, con el alma en un puño, el sargento encontró al chico milagrosamente sano. Dicen también que entonces cortó unas ramas de ñandubay⁸ y formó una cruz que clavó en el lugar exacto donde la tierra se bebió la sangre del gauchito Gil.

• • •

El primer viajero que se detuvo allí colgó de la cruz un trapo rojo, el color del pañuelo del gauchito, el del partido federal.

Al tiempo se supo que la sepultura había quedado en tierras de una familia "importante". Y es-

⁸ Árbol de madera rojiza y muy resistente.



ta gente no quiso saber nada de que "ese gaucho bandolero" descansara allí. Y, mucho menos, que "el pueblerío" se juntara a rezarle justamente dentro de sus tierras. Movieron influencias en el gobierno y consiguieron que trasladaran el cuerpo al cementerio de Mercedes.

Entonces el pueblerío empezó a murmurar que el gauchito se iba a vengar por esa ofensa.

Si se vengó o no, no es el caso. El caso es que la familia empezó a perder fortuna y salud... hasta que al padre lo atacó un remolino de locura. Y parece que ahí fue cuando alguno de ellos dijo: "Mejor traigamos de vuelta al gauchito". Y lo trajeron al lugar mismo de donde lo habían sacado. La familia, entre arrepentida y aterrada, le levantó un monumento para desagraviarlo⁹ mejor.

Si lo desagraviaron o no, no es el caso. El caso es que les empezó a volver la salud y también la fortuna.

Claro que lo que volvió además fue el pueblerío. La caravana de devotos del gauchito, hasta el día de hoy, le sigue dejando trapos, pañuelos, banderas y estandartes rojos. Velas rojas y rojas flores

⁹ Reparar la ofensa que se le hizo.

para el gauchito del pueblo. Y placas de metal con inscripciones, en número incontable.

Así lo recuerdan y así le agradecen por los tantísimos milagros que le piden y él les cumple, según dicen, generosamente.

También están los viajeros que no creen mucho, pero igual, cuando pasan frente al santuario, detienen el auto un rato... por las dudas. O, si siguen de largo, al menos lo saludan tocándole bocina. No sea cosa que el gauchito se ofenda y les alargue el viaje con una serie de inconvenientes o, lo que es peor, que les suceda algún percance en el camino. Algún percance fatal.

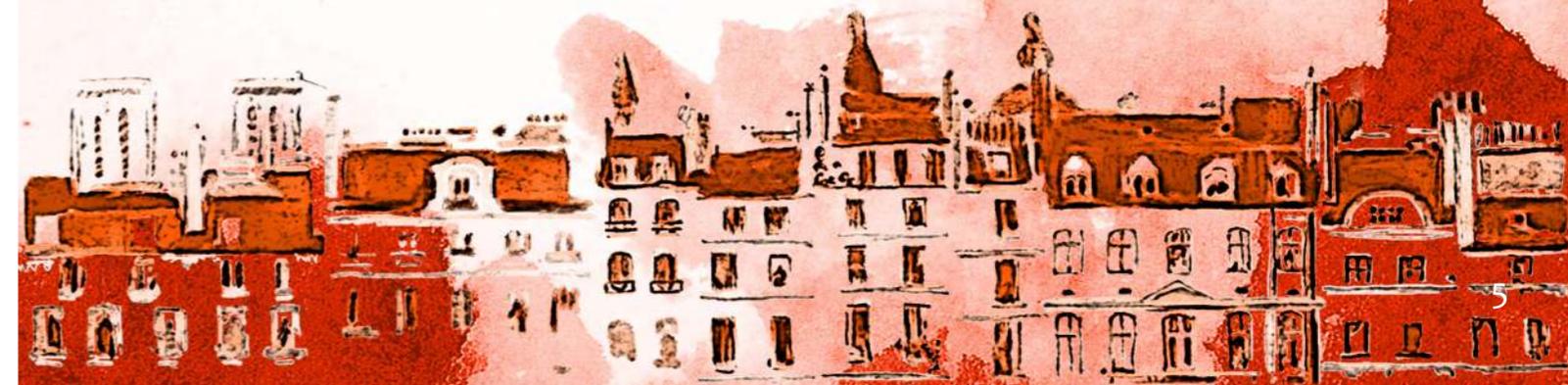
ANEXO II

LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE

Edgar Allan Poe

Mientras residía en París, durante la primavera y parte del verano de 18..., conocí a un cierto Auguste Dupin. Este joven caballero procedía de una familia excelente –y hasta ilustre–, pero una serie de desdichadas circunstancias lo habían reducido a tal pobreza que su carácter sucumbió ante la desgracia, llevándolo a alejarse del mundo y a no preocuparse por recuperar su fortuna. Los libros constituían su único lujo, y en París es fácil adquirirlos.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar en una oscura biblioteca de la calle Montmartre, donde la casualidad de que ambos anduviéramos en busca de un mismo libro –tan raro como notable– sirvió para aproximarnos. Volvimos a encontrarnos una y otra vez. Me asombró la extraordinaria amplitud de su cultura; pero, sobre todo, sentí encenderse mi alma ante el exaltado fervor y la vívida frescura de su imaginación. Dadas mis investigaciones en ese entonces en París, sentí que la compañía de un hombre semejante me resultaría un tesoro inapreciable, y no vacilé en decírselo. Acordamos que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad, y, como mi situación financiera era mejor que la suya, logré que quedara a mi cargo alquilar y amueblar una decrepita mansión abandonada a causa de supersticiones sobre las cuales no quisimos averiguar.



Si nuestra manera de vivir en esa casa hubiera llegado al conocimiento del mundo, éste nos hubiera considerado como locos –aunque probablemente como locos inofensivos–. Nuestro aislamiento era perfecto. No admitíamos visitantes. El lugar de nuestro retiro era un secreto celosamente guardado para mis antiguos amigos; en cuanto a Dupin, hacía muchos años que había dejado de ser conocido en París. Sólo vivíamos para nosotros.

Una rareza de mi amigo (¿qué otro nombre darle?) consistía en estar enamorado de la noche. A las primeras luces del alba, cerrábamos las pesadas persianas de nuestra vieja casa y encendíamos un par de bujías que, fuertemente perfumadas, solo lanzaban débiles y mortecinos rayos. Ocupábamos nuestros espíritus en soñar, leyendo, escribiendo o conversando, hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces a la calle, continuando la conversación del día o vagando al azar hasta muy tarde, mientras buscábamos entre las luces y las sombras de la populosa ciudad esa infinidad de excitantes espirituales que puede proporcionar la observación silenciosa.

En esas situaciones, no dejaba yo de admirar una peculiar aptitud analítica de Dupin. En aquellos momentos su actitud era fría y abstraída; sus ojos miraban como sin ver, mientras su voz, habitualmente de un rico registro de tenor, subía a un falsete que hubiera parecido petulante de no mediar lo deliberado y lo preciso de sus palabras.

Cierta tarde, estábamos leyendo una edición nocturna de la Gazette des Tribunaux¹ y los siguientes párrafos atrajeron nuestra atención:

¹ Gaceta de los Tribunales.



GAZETTE DES TRIBUNAUX

Contenant les nouvelles des Tribunaux; la Notice des Causes Civiles & Criminelles.

EXTRAORDINAIRES ASESINATOS

Esta madrugada, los habitantes del barrio Saint-Roch fueron arrancados de su sueño por los espantosos alaridos procedentes del cuarto piso de una casa situada en la calle Morgue, ocupada por la señora L'Espanaye y su hija Camille.

Como fuera imposible lograr el acceso a la casa, después de perder algún tiempo, se forzó finalmente la puerta con una ganzúa y ocho o diez vecinos penetraron en compañía de dos gendarmes. Por ese entonces los gritos habían cesado, pero cuando el grupo llegaba al primer rellano de la escalera se oyeron dos o más voces que discutían violentamente y que parecían proceder de la parte superior de la casa.

Al llegar al segundo piso, las voces callaron y reinó un profundo silencio. Los vecinos se separaron y empezaron a recorrer las habitaciones. Al llegar a una gran cámara situada en la parte posterior del cuarto piso (cuya puerta, cerrada por dentro con llave, debió ser forzada), se vieron en presencia de un espectáculo que les produjo tanto horror como asombro.

El aposento se hallaba en el mayor desorden: los muebles, rotos, habían sido lanzados en todas direcciones. El colchón del único lecho aparecía tirado en mitad del piso. Sobre una silla había una navaja manchada de sangre. Sobre la chimenea aparecían dos o tres largos y espesos mechones de cabello igualmente empapados en sangre. Se encontraron en el piso cuatro napoleones, un aro de topacio, tres cucharas grandes de plata, tres más pequeñas

de metal plateado y dos sacos que contenían casi cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda situada en un ángulo habían sido abiertos y aparentemente saqueados, aunque quedaban en ellos numerosas prendas. Se encontró también una pequeña caja fuerte de hierro debajo de la cama. Estaba abierta y con la llave en la cerradura. No contenía más que unas cuantas cartas viejas y otros papeles sin importancia.

No se veía rastro alguno de la señora L'Espanaye, pero al notarse la presencia de una insólita cantidad de hollín al pie de la chimenea se procedió a registrarla, encontrándose –y horroriza decirlo– el cadáver de su hija, cabeza abajo, el cual había sido metido a la fuerza en la estrecha abertura. Al examinarlo se advirtieron arañazos en el rostro, y en la garganta aparecían contusiones y profundas huellas de uñas, como si la víctima hubiera sido estrangulada.

Luego de una cuidadosa búsqueda en toda la casa sin que apareciera nada nuevo, los vecinos se dirigieron a un patio pavimentado de la parte posterior del edificio y encontraron el cadáver mutilado de la anciana señora.

Hasta el momento no se ha encontrado el menor indicio que permita solucionar tan horrible misterio.

La edición del día siguiente contenía los siguientes detalles adicionales:

Contenant les nouvelles des Tribunaux; la Notice des Causes Civiles & Criminelles.

LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE

Diversas personas han sido interrogadas con relación a este terrible y extraordinario suceso, pero nada ha trascendido que pueda arrojar alguna luz sobre él. Reseñamos a continuación las declaraciones obtenidas:

Pauline Dubourg, lavandera, manifiesta que conocía desde hacía tres años a las dos víctimas, de cuya ropa se ocupaba. Madre e hija vivían en buena armonía y se mostraban sumamente cariñosas entre sí. Pagaban muy bien. No sabía nada sobre su modo de vida y sus medios de subsistencia. Pensaba que debían tener dinero guardado. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando iba a buscar o devolver la ropa. Estaba segura de que no tenían ningún criado o criada.

Pierre Moreau, vendedor de tabaco, declara que desde hace cuatro años vendía regularmente pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a la señora L'Espanaye. Ella y su hija ocupaban desde hacía seis años la casa donde se encontraron los cadáveres. Ambas llevaban una vida retirada y parecían tener dinero. Nunca vio entrar a nadie, salvo a la anciana y su hija, a un mozo de servicio que estuvo allí una o dos veces, y a un médico que hizo ocho o diez visitas.

Muchos otros vecinos han proporcionado testimonios coincidentes. No se ha hablado de nadie que frecuentara la casa. Se ignora si la señora L. y su hija tenían parientes vivos. Pocas veces se abrían las persianas de las ventanas delanteras. Las de la parte posterior estaban siempre cerradas, salvo las de la gran habitación en la parte trasera del cuarto piso. La casa se hallaba en excelente estado y no era muy antigua.



Isidore Muset, gendarme, declara que fue llamado hacia las tres de la mañana y que, al llegar a la casa, encontró a unas veinte o treinta personas reunidas que se esforzaban por entrar. Violentó finalmente la entrada con una bayoneta. No le costó mucho abrirla, pues se trataba de una puerta de dos batientes que no tenía pasadores ni arriba ni abajo. Los alaridos continuaron hasta que se abrió la puerta, cesando luego de golpe. Eran gritos agudos y prolongados. Fue el primero en trepar las escaleras. Al llegar al primer descanso oyó dos voces que discutían con fuerza y agriamente; una de ellas era gruesa y la otra mucho más aguda y muy extraña. Pudo entender algunas palabras provenientes de la primera voz, que correspondía a un francés. Estaba seguro de que no se trataba de una voz de mujer. La voz más aguda era de un extranjero. No podría asegurar si se trataba de un hombre o una mujer. No entendió lo que decía, pero tenía la impresión de que hablaba en español.

Henri Duval, vecino, de profesión platero, declara que formaba parte del primer grupo que entró en la casa. Corroboró en general la declaración de Muset. Piensa que la voz más aguda pertenecía a un italiano. Está seguro de que no se trataba de un francés. No sabe si era hombre o mujer. Conocía a las víctimas. Había conversado frecuentemente con ellas. Estaba seguro de que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las difuntas.



Odenheimer, restaurador. Este testigo se ofreció voluntariamente a declarar. Como no habla francés, testimonió mediante un intérprete. Es originario de Amsterdam. Pasaba frente a la casa cuando se oyeron los gritos. Duraron varios minutos, probablemente diez. Eran prolongados y agudos, tan horribles como penosos de oír. El testigo fue uno de los que entraron en el edificio. Corroboró las declaraciones anteriores en todos sus detalles, salvo uno. Estaba seguro de que la voz más grave pertenecía a un hombre y se trataba de un francés. Dijo varias veces: ¡Dios mío! La otra voz era áspera; no aguda sino áspera. No pudo distinguir las palabras, pero eran fuertes y pronunciadas aparentemente con tanto miedo como cólera.

Jules Mignaud, banquero, de la firma Mignaud e hijos, en la calle Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. Madame L'Espanaye había abierto una cuenta en su banco, ocho años antes. Hacía frecuentes depósitos de pequeñas sumas. No había retirado nada hasta tres días antes de su muerte, cuando personalmente extrajo la suma de 4.000 francos. La suma le fue pagada en oro y un empleado la llevó a su domicilio.

Adolphe Lebon, empleado de Mignaud e hijos, declara que el día en cuestión acompañó hasta su residencia a la señora L'Espanaye, llevando los 4.000 francos en dos sacos. Una vez abierta la puerta, la señorita L. tomó uno de los sacos, mientras la anciana señora se encargaba del otro. El testigo saludó y se retiró. No vio a persona alguna en la calle en ese momento. Se trata de una calle poco importante, muy solitaria.

William Bird, sastre, declara que formaba parte del grupo que entró en la casa. Es inglés. Vive en París hace dos años. Fue uno de los primeros en subir las escaleras. Oyó voces que disputaban. La más gruesa era la de un francés. Pudo distinguir varias palabras, pero ya no las recuerda. Se oía un ruido de forcejeo, como si algo fuese arrastrado. La voz aguda era muy fuerte, mucho más que la voz grave. Está seguro de que no se trataba de la voz de un inglés. Parecía la de un alemán. Podía ser una voz de mujer. El testigo no comprende el alemán.

Cuatro de los testigos nombrados más arriba fueron nuevamente interrogados y declararon que la puerta del aposento donde se encontró el cadáver de la joven estaba cerrada por dentro cuando llegaron hasta ella. Reinaba un profundo silencio; no se escuchaban quejidos ni rumores. No se vio a nadie en el momento de forzar la puerta. Las ventanas estaban cerradas y firmemente aseguradas por dentro. Entre las dos habitaciones había una puerta cerrada, pero sin llave. La puerta que comunicaba la habitación del frente con el corredor había sido cerrada con llave por dentro. Un cuarto pequeño situado en el frente del cuarto piso, al comienzo del corredor, apareció abierto, con la puerta entornada. La habitación estaba llena de camas viejas, cajones y otros objetos. Se procedió a revisarlos uno por uno, no se dejó sin examinar una sola pulgada de la casa. Se enviaron deshollinadores para que exploraran las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos, con

buhardillas. Una trampa que da al techo estaba asegurada con clavos y no parece haber sido abierta durante años. Los testigos no están de acuerdo sobre el tiempo transcurrido entre el momento en que escucharon las voces que disputaban y la apertura de la puerta de la habitación. Algunos sostienen que transcurrieron tres minutos; otros calculan cinco.

Alfonso García, empresario de pompas fúnebres, habita en la calle Morgue. Es español. Formaba parte del grupo que entró en la casa. No subió las escaleras. Tiene los nervios delicados y teme las consecuencias de cualquier emoción. Oyó las voces que disputaban. La más ruda pertenecía a un francés. No pudo comprender lo que decía. La voz aguda era la de un inglés; está seguro de esto. No comprende el inglés, pero se basa en la entonación.

Alberto Montani, confitero, de nacionalidad italiana, declara que fue de los primeros en subir las escaleras. Oyó dos voces. La voz grave era la de un francés. Pudo distinguir varias palabras. El que hablaba parecía reprochar algo. En cambio, no pudo comprender nada de lo que decía la voz aguda. Piensa que se trata de un ruso pero nunca habló con nadie de esa nacionalidad.



Nuevamente interrogados, varios testigos certificaron que las chimeneas de todas las habitaciones eran demasiado angostas para admitir el paso de un ser humano. Se pasaron cepillos por todos los tubos existentes en la casa. No existe ningún pasaje en los fondos por el cual alguien hubiera podido descender mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de la joven estaba tan firmemente encajado en la chimenea que no pudo ser extraído de allí hasta que cuatro o cinco personas unieron sus esfuerzos.

Paul Dumas, médico, declara que fue llamado al amanecer para examinar los cadáveres de las víctimas. El cuerpo de la joven aparecía lleno de contusiones y excoriaciones. El hecho de que hubiese sido metido en la chimenea bastaba para explicar tales marcas. Varios profundos arañazos aparecían debajo del mentón, conjuntamente con una serie de manchas lívidas resultantes, con toda evidencia, de la presión de unos dedos. El rostro estaba horriblemente pálido. En la región del estómago se descubrió una gran contusión, aparentemente producida por la presión de una rodilla. Según opinión del doctor Dumas, la joven había sido estrangulada por una o varias personas.

«El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna y el brazo derechos se hallaban fracturados en mayor o menor grado. El cuerpo aparecía cubierto de contusiones y estaba descolorido. Resultaba imposible precisar el arma con que se habían inferido tales heridas. Un pesado garrote de mano, o una ancha barra de hierro, quizá una silla, cualquier arma grande, pesada y

contundente, en manos de un hombre sumamente robusto, podía haber producido esos resultados. Imposible que una mujer pudiera infligir tales heridas con cualquier arma que fuese. Era evidente que la garganta había sido seccionada con un instrumento muy afilado, probablemente una navaja».

Alexandre Etienne, cirujano, fue llamado al mismo tiempo que el doctor Dumas para examinar los cuerpos. Confirmó el testimonio y las opiniones de este último.



No se ha obtenido ningún otro dato de importancia, a pesar de haberse interrogado a varias otras personas. Jamás se ha cometido en París un asesinato tan misterioso y tan enigmático, si es que en realidad se trata de un asesinato. La policía está perpleja, lo cual no es frecuente en asuntos de esta naturaleza. Pero resulta imposible hallar la más pequeña clave del misterio.

En la edición vespertina, el periódico afirmaba que en el barrio Saint-Roch reinaba una intensa excitación, que se había practicado un nuevo y minucioso examen del lugar del hecho, mientras se interrogaba a nuevos testigos, pero que no se sabía nada nuevo. Un párrafo final agregaba, sin embargo, que un tal Adolphe Lebon acababa de ser arrestado y encarcelado, aunque nada parecía acusarlo, a juzgar por los hechos detallados.

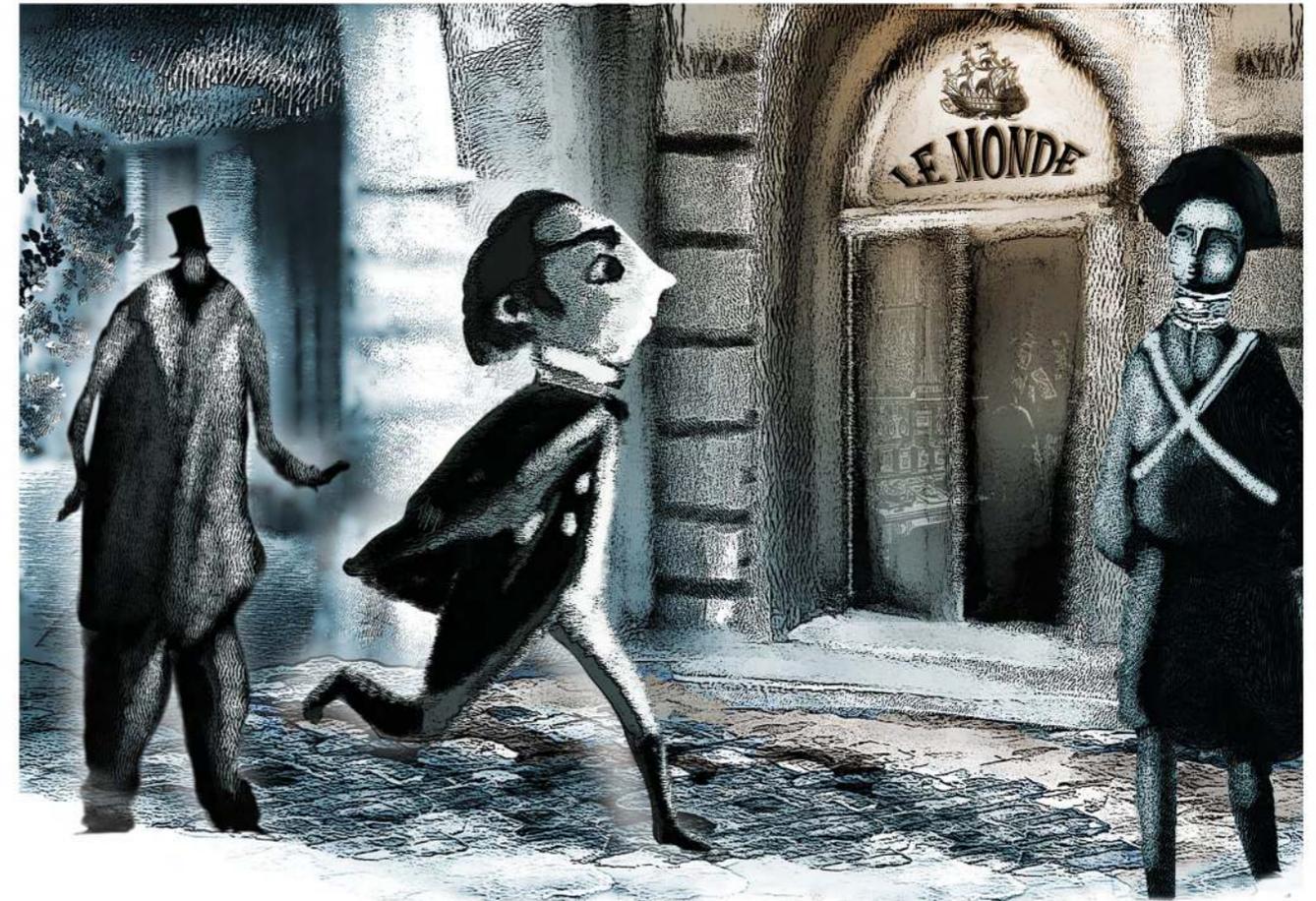
Dupin se mostraba singularmente interesado en el desarrollo del asunto, aunque no hizo el menor comentario. No pude sino sumarme al de todo París y declarar que lo consideraba un misterio insoluble. No veía modo alguno de seguir el rastro al asesino.

—No debemos pensar en los modos posibles que surgen de una investigación tan rudimentaria —dijo Dupin—. La policía de París es muy astuta pero nada más. No hay más método en sus pesquisas que el que las circunstancias sugieren. Toma muchas disposiciones ostentosas, pero con frecuencia poco apropiadas a los fines propuestos. Los resultados obtenidos son a menudo sorprendentes, pero en su mayoría se logran por simple diligencia y actividad. Cuando estas son insuficientes, todos sus planes fracasan. En cuanto a los asesinatos, hacemos algunas investigaciones por nuestra cuenta antes de dar una opinión. Iremos a estudiar el terreno con nuestros propios ojos. Conozco a G..., el prefecto de policía, y no será difícil conseguir el permiso necesario.

Apenas nos concedieron la autorización, nos dirigimos a la calle Morgue. Atardecía cuando llegamos, pues el barrio estaba considerablemente distanciado del de nuestra residencia. Encontramos fácilmente la casa, ya que aún había varias personas mirando las persianas cerradas desde la acera opuesta. Era una típica casa parisiense, con una puerta de entrada y una casilla de cristales con ventana corrediza. Antes de entrar recorrimos la calle, doblamos por un pasaje y, volviendo a doblar, pasamos por la parte trasera del edificio. Dupin examinaba tanto la casa como los alrededores con una atención tan cuidadosa que me era imposible comprender su finalidad.

Retornamos a la parte delantera y, luego de llamar y mostrar nuestras credenciales, fuimos admitidos por los agentes de guardia. Subimos las escaleras, hasta llegar a la habitación donde se había encontrado el cuerpo de la señorita L'Españaye. Como es natural, el desorden del aposento había sido respetado. No vi nada que no estuviese detallado en el periódico. Pasamos luego a las otras

habitaciones y al patio; un gendarme nos acompañaba a todas partes. El examen nos tuvo ocupados hasta que oscureció, y era de noche cuando salimos. En el camino de vuelta, mi amigo se detuvo algunos minutos en las oficinas de uno de los diarios parisienses.



Dupin rehusó toda conversación vinculada con los asesinatos, hasta el día siguiente a mediodía. Entonces, súbitamente, me preguntó si había observado algo peculiar en el escenario de aquellas atrocidades.

Algo había en su manera de acentuar la palabra «peculiar» que me hizo estremecer, sin saber por qué.

—No, nada peculiar —dije—. Por lo menos, nada que no hayamos leído antes en el periódico.

—Me temo —repuso Dupin— que la *Gazette* no haya penetrado en el insólito horror de este asunto. Pero dejemos de lado las necias opiniones de ese diario.

Creo que este misterio se considera insoluble por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo de sus características. La policía se muestra confundida por la aparente falta de móvil, y no por el asesinato en sí, sino por su atrocidad. Está asimismo perpleja por la aparente imposibilidad de conciliar las voces que se oyeron disputando con el hecho de que en lo alto sólo se encontró a la difunta Camille L'Españay, además de que era imposible escapar de la casa sin que el grupo que ascendía la escalera lo notara. El salvaje desorden del aposento; el cadáver metido, cabeza abajo, en la chimenea; la mutilación del cuerpo de la anciana, son elementos que han bastado para paralizar la acción de los investigadores policiales y confundir por completo su tan alabada perspicacia. En investigaciones como la que ahora efectuamos no debería preguntarse tanto «qué ha ocurrido», como «qué hay en lo ocurrido que no se parezca a nada ocurrido anteriormente». En una palabra, la facilidad con la cual llegaré o he llegado a la solución de este misterio se halla en relación directa con la aparente imposibilidad de resolverlo según la policía.

Con mudo asombro, contemplé a mi amigo.

—Estoy esperando ahora —continuó Dupin, mirando hacia la puerta de nuestra habitación— a un individuo que, aun cuando probablemente no ha cometido esta carnicería, debe haberse visto envuelto de alguna manera en su ejecución. Creo que es inocente de la parte más horrible de los crímenes y confío en que mi suposición sea acertada, pues en ella se apoya toda mi esperanza de descifrar completamente el enigma. Espero la llegada de ese hombre en cualquier momento... y en esta habitación. Ciertamente puede no venir, pero lo más probable es que llegue. Si así fuera, habrá que retenerlo. Aquí hay unas pistolas; los dos sabemos lo que se puede hacer con ellas cuando las circunstancias lo requieren.

Tomé las pistolas, sabiendo apenas lo que hacía y sin poder creer lo que estaba oyendo, mientras Dupin, como si monologara, continuaba sus reflexiones. Sus palabras se dirigían a mí, pero su voz, aunque no era forzada, tenía esa entonación que se emplea habitualmente para dirigirse a alguien que se halla muy lejos. Sus ojos, inexpresivos, solo miraban la pared.

—Las voces que fueron oídas por el grupo que trepaba la escalera —dijo— no eran las de las dos mujeres, como ha sido bien probado por los testigos. Esto descarta que la anciana señora haya matado a su hija y se haya suicidado después.



Menciono esto por razones metódicas, ya que la fuerza de la señora hubiera sido por completo insuficiente para introducir el cuerpo de su hija en la chimenea, tal como fue encontrado, amén de que la naturaleza de las heridas observadas en su cadáver excluye toda idea de suicidio. El asesinato, pues, fue cometido por terceros, y a éstos pertenecían las voces que se escucharon. Permítame ahora llamarle la atención sobre algo peculiar en esas declaraciones. ¿No lo advirtió usted?

Hice notar que, mientras todos los testigos coincidían en que la voz más ruda debía ser la de un francés, existían grandes desacuerdos sobre la voz más aguda o —como la calificó uno de ellos— la voz áspera.

—Tal es el testimonio en sí —dijo Dupin—, pero no su peculiaridad. Usted no ha observado nada característico. Y, sin embargo, había algo que observar. Como bien ha dicho, los testigos coinciden sobre la voz ruda. Pero, con respecto a la voz aguda, la peculiaridad no consiste en que estén en desacuerdo, sino en que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés han tratado de describirla, y cada uno de ellos se ha referido a una voz extranjera. Todos aseguran que no se trata de la voz de un compatriota. El francés supone que es la voz de un español, y agrega que «podría haber distinguido algunas palabras si hubiera sabido español».

El holandés sostiene que se trata de un francés, pero nos enteramos de que como no habla francés, testimonió mediante un intérprete. El inglés piensa que se trata de la voz de un alemán, pero el testigo no comprende el alemán. El español «está seguro» de que se trata de un inglés, pero «juzga basándose en la entonación», ya que no comprende el inglés. El italiano cree que es la voz de un ruso, pero nunca habló con un nativo de Rusia. Otro testigo francés difiere del primero y está seguro de que se trata de la voz de un italiano. No está familiarizado con la lengua italiana, pero al igual que el español, «está convencido por la entonación». Ahora bien: ¡cuán extraña tiene que haber sido esa voz para que pudieran reunirse semejantes testimonios! ¡Una voz en cuyos tonos los ciudadanos de cinco naciones europeas no pudieran reconocer nada familiar! Me dirá usted que podía tratarse de la voz de un asiático o un africano. Ni unos ni otros abundan en París, pero, sin negar esa posibilidad, me limitaré a señalarle que ninguno de los testigos se refirió a palabras reconocibles, a sonidos que parecieran palabras.

Ignoro —continuó Dupin— qué impresión puedo haber causado en su entendimiento, pero cabe extraer deducciones legítimas de esta parte del testimonio, suficientes para crear una sospecha que debe de orientar todos los pasos futuros de la investigación. Digo «deducciones legítimas», sin expresar plenamente lo que pienso. Quiero dar a entender que las deducciones son las únicas que corresponden, y que la sospecha surge inevitablemente como resultado de las mismas. No le diré todavía cuál es esta sospecha. Pero tenga presente que a mí me bastó para orientar mis pesquisas en el lugar del hecho.

Transportémonos ahora con la fantasía a esa habitación. ¿Qué buscaremos en primer lugar? Los medios de evasión utilizados por los asesinos. No hay necesidad de decir que ninguno de los dos cree en acontecimientos sobrenaturales. La señora y la señorita L'Españaye no fueron asesinadas por espíritus. Los autores del hecho eran de carne y hueso, y escaparon por medios materiales. ¿De qué modo? Afortunadamente, solo hay una manera de razonar sobre este punto, y esa manera debe conducirnos a una conclusión precisa. Examinemos uno por uno los posibles medios de escape. Resulta evidente que los asesinos se hallaban en el cuarto donde se encontró a la joven, o por lo menos en la pieza contigua, en momentos en que el grupo subía las escaleras. Por lo tanto, debemos buscar las salidas en esos dos aposentos. La policía ha levantado los pisos, los techos y la mampostería de las paredes en todas partes. Ninguna salida secreta pudo escapar a sus observaciones.

Pero como no me fío de sus ojos, miré el lugar con los míos. Efectivamente, no había salidas secretas. Las dos puertas que comunican las habitaciones con el corredor estaban bien cerradas, con las llaves por dentro. Veamos ahora las chimeneas. Aunque de diámetro ordinario en los primeros ocho o diez pies por encima de los hogares, los tubos no permitirían más arriba el paso del cuerpo de un gato grande. Está establecida entonces la total imposibilidad de escape por las vías mencionadas. Nos quedan las ventanas. Nadie podría haber huido por la del cuarto delantero, ya que la muchedumbre reunida lo hubiese visto. Los asesinos tienen que haber pasado, pues, por las de la pieza trasera. Llevados a esta conclusión de manera tan inequívoca, no nos corresponde, en nuestra calidad de razonadores, rechazarla por su aparente imposibilidad. Lo único que cabe hacer es probar que esas aparentes «imposibilidades» no son tales en realidad.



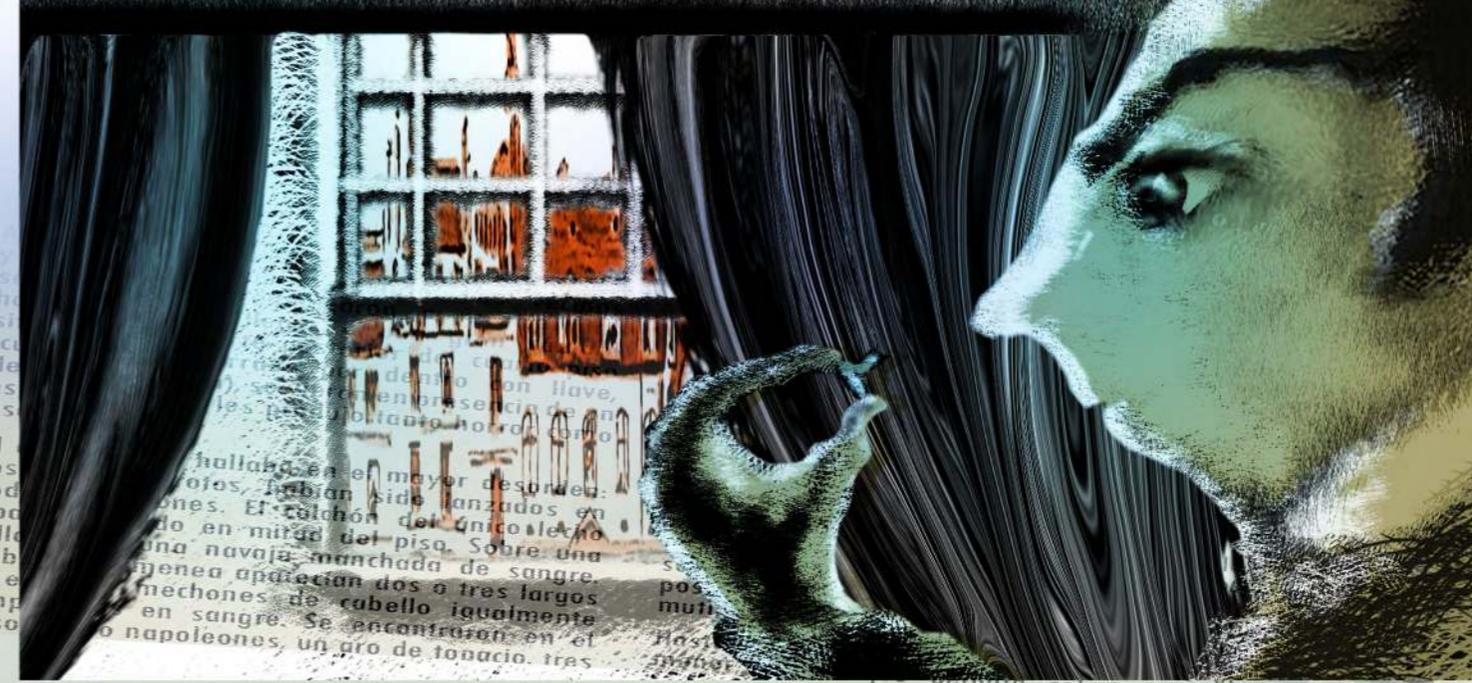


Hay dos ventanas en la alcoba. Contra una de ellas no hay ningún mueble que la obstruya, y es claramente visible. La primera ventana apareció firmemente asegurada desde dentro. Resistió los más violentos esfuerzos de quienes trataron de levantarla. En el marco, a la izquierda, había una gran perforación y un solidísimo clavo hundido en ella casi hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana se vio que había un clavo colocado en forma similar; todos los esfuerzos por levantarla fueron igualmente inútiles. La policía, pues, se sintió plenamente segura de que la huida no se había producido por ese lado. Y, por tanto, consideró superfluo extraer los clavos y abrir las ventanas.

Mi examen fue algo más detallado, y eso por la razón que acabo de darle: había que probar que todas las aparentes imposibilidades no eran tales en realidad.

Seguí razonando en la siguiente forma... Los asesinos escaparon desde una de esas ventanas. Por tanto, no pudieron asegurar nuevamente los marcos desde el interior, tal como fueron encontrados –consideración que interrumpió la búsqueda de la policía en ese terreno–. Los marcos estaban asegurados. Debían tener, entonces, una manera de asegurarse por sí mismos. Me acerqué a la ventana que tenía libre acceso, extraje con alguna dificultad el clavo y traté de levantar el marco. Tal como lo había anticipado, resistió a todos mis esfuerzos. Comprendí entonces que debía de haber algún resorte oculto, y la corroboración de esta idea me convenció de que por lo menos mis premisas eran correctas, aunque el detalle referente a los clavos continuara siendo misterioso. Un examen detenido no tardó en revelarme el resorte secreto. Lo oprimí y, satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de levantar el marco.

Volví a poner el clavo en su sitio y lo observé atentamente. Una persona escapando por la ventana podría haberla cerrado nuevamente, y el resorte habría asegurado el marco. Pero, ¿cómo reponer el clavo? La conclusión era evidente y estrechaba una vez más el campo de mis investigaciones. Los asesinos tenían que haber escapado por la otra ventana. Suponiendo, pues, que los resortes fueran idénticos en las dos ventanas, como parecía probable, necesariamente tenía que haber una diferencia entre los clavos, o por lo menos en su manera de estar colocados. Trepando al armazón de la cama, miré minuciosamente el marco de sostén de la segunda ventana. Pasé la mano por la parte posterior, descubriendo en seguida el resorte que, tal como había supuesto, era idéntico a su vecino. Miré luego el clavo. Era tan sólido como el otro y aparentemente estaba fijo de la misma manera y hundido casi hasta la cabeza.



Pensará usted que me sentí perplejo, pero no había perdido la pista un solo instante. Los eslabones de la cadena no tenían ninguna falla. Había perseguido el secreto hasta su última conclusión: y esa conclusión era el clavo. Ya he dicho que tenía todas las apariencias de su vecino de la otra ventana; pero el hecho, por más concluyente que pareciera, resultaba de una absoluta nulidad comparado con la consideración de que allí, en ese punto, se acababa el hilo conductor. «Tiene que haber algo defectuoso en el clavo», pensé. Al tocarlo, su cabeza quedó entre mis dedos junto con un cuarto de pulgada de la espiga. El resto de la espiga se hallaba dentro del agujero, donde se había roto. La fractura era muy antigua, pues los bordes aparecían herrumbrados, y parecía haber sido hecho de un martillazo, que había hundido parcialmente la cabeza del clavo en el marco inferior de la ventana. Volví a colocar cuidadosamente la parte de la cabeza en el lugar de donde la había sacado, y vi que el clavo daba la exacta impresión de estar entero; la fisura resultaba invisible. Apretando el resorte, levanté ligeramente el marco; la cabeza del clavo subió con él. Cerré la ventana, y el clavo dio otra vez la impresión de estar dentro.

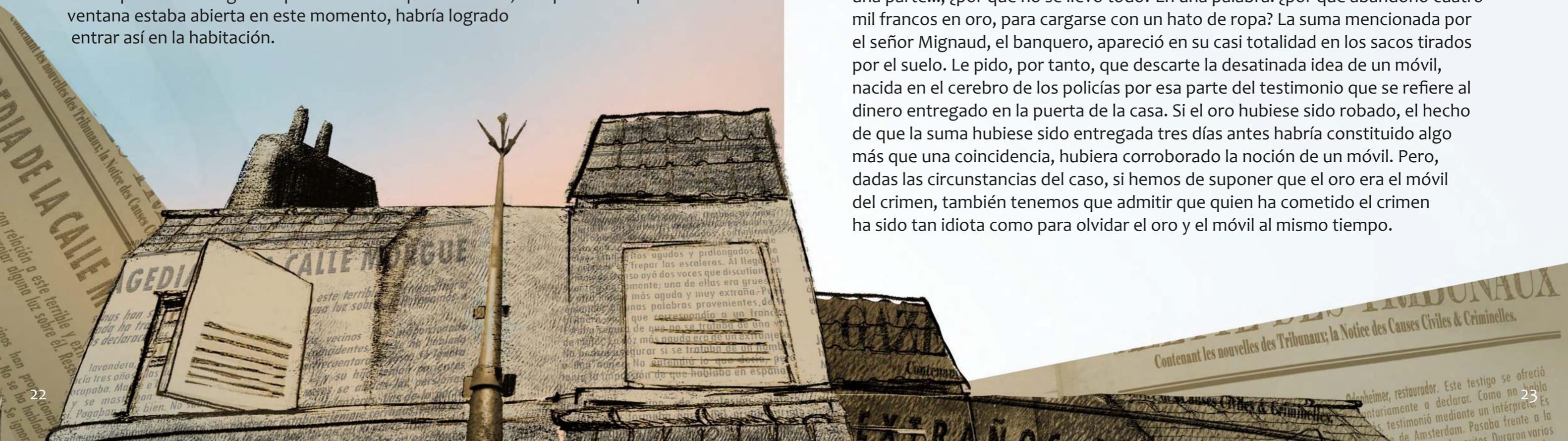
Hasta ahora, el enigma quedaba explicado. El asesino había huido por la ventana que daba a la cabecera del lecho. Cerrándose por sí misma la ventana había quedado asegurada por su resorte. Y la resistencia ofrecida por éste había inducido a la policía a suponer que se trataba del clavo, dejando así de lado toda investigación suplementaria.

La segunda cuestión era saber cómo había bajado el asesino. Mi paseo con usted por la parte trasera de la casa me satisfizo al respecto. A unos cinco pies y medio de la ventana en cuestión corre una varilla de pararrayos. Desde esa varilla hubiera resultado imposible alcanzar la ventana, y mucho menos introducirse por ella. Observé, sin embargo, que las persianas del cuarto piso pertenecen a esa curiosa especie que se ve con frecuencia en casas muy viejas de Lyon y Bordeaux. Se las fabrica como una puerta ordinaria (de una sola hoja), con la diferencia de que la parte inferior tiene tablillas que ofrecen excelente asidero para las manos. En este caso las persianas alcanzan un ancho de tres pies y medio. Cuando las vimos desde la parte posterior de la casa, ambas estaban entornadas. Es probable que también los policías hayan examinado los fondos del edificio; pero, si así lo hicieron, no la tomaron en cuenta. Sin duda, seguros de que por esa parte era imposible toda fuga, se limitaron a un examen muy sumario. Para mí, sin embargo, era claro que si se abría del todo la persiana correspondiente a la ventana situada sobre el lecho, su borde quedaría a unos dos pies de la varilla del pararrayos. También era evidente que, desplegando tanta agilidad como coraje, se podía llegar hasta la ventana trepando por la varilla. Estirándose hasta una distancia de dos pies y medio (ya que suponemos la persiana enteramente abierta), un ladrón habría podido sujetarse firmemente de las tablillas de la celosía. Abandonando entonces su sostén en la varilla, afirmando los pies en la pared y lanzándose vigorosamente hacia adelante habría podido hacer girar la persiana hasta que se cerrara; si suponemos que la ventana estaba abierta en este momento, habría logrado entrar así en la habitación.

Tenga usted en cuenta que me refiero a un insólito grado de vigor, capaz de llevar a cabo una hazaña tan arriesgada y difícil. Mi intención consiste en demostrarle, primeramente, que el hecho pudo ser llevado a cabo; pero, en segundo lugar, y muy especialmente, insisto en llamar su atención sobre el carácter extraordinario, casi sobrenatural, de ese vigor y de la agilidad que se necesitan para hacerlo. Quiero que usted relacione esto con esa voz tan extraña para todos los testigos que no pudieron distinguir ningún vocablo articulado.

Al oír estas palabras me pareció estar a punto de entender, pero sin llegar a la comprensión, así como a veces nos hallamos a punto de recordar algo que finalmente no se concreta. Pero mi amigo seguía hablando.

—Habría notado usted —dijo— que he pasado de la cuestión de la salida de la casa a la del modo de entrar en ella. Mi intención es mostrar que ambas cosas se cumplieron en la misma forma y en el mismo lugar. Volvamos ahora al interior del cuarto. Se ha dicho que los cajones de la cómoda habían sido saqueados, aunque quedaron en ellos numerosas prendas. Esta conclusión es absurda. Es una simple conjetura, bastante tonta por lo demás. ¿Cómo podemos asegurar que las ropas halladas en los cajones no eran las que estos contenían habitualmente? Las dos víctimas llevaban una vida muy retirada. No veían a nadie, salían raras veces, y pocas ocasiones se les presentaban de cambiar de tocado. Si un ladrón se llevó una parte..., ¿por qué no se llevó todo? En una palabra: ¿por qué abandonó cuatro mil francos en oro, para cargarse con un hato de ropa? La suma mencionada por el señor Mignaud, el banquero, apareció en su casi totalidad en los sacos tirados por el suelo. Le pido, por tanto, que descarte la desatinada idea de un móvil, nacida en el cerebro de los policías por esa parte del testimonio que se refiere al dinero entregado en la puerta de la casa. Si el oro hubiese sido robado, el hecho de que la suma hubiese sido entregada tres días antes habría constituido algo más que una coincidencia, hubiera corroborado la noción de un móvil. Pero, dadas las circunstancias del caso, si hemos de suponer que el oro era el móvil del crimen, también tenemos que admitir que quien ha cometido el crimen ha sido tan idiota como para olvidar el oro y el móvil al mismo tiempo.



Teniendo, pues, presentes los puntos sobre los cuales he llamado su atención —la voz peculiar, la insólita agilidad y la sorprendente falta de móvil en un asesinato tan atroz como este—, examinemos la carnicería en sí. Estamos ante una mujer estrangulada por la presión de unas manos e introducida en el cañón de la chimenea. Normalmente, los criminales no emplean semejantes métodos. Y mucho menos esconden al asesinado en esa forma. En el hecho de introducir el cadáver en la chimenea admitirá usted que hay algo excesivo, algo por completo inconciliable con nuestras nociones sobre los actos humanos, incluso si suponemos que su autor es el más depravado de los hombres. Piense, asimismo, en la fuerza prodigiosa que hizo falta para introducir el cuerpo hacia arriba, cuando para hacerlo descender fue necesario el esfuerzo de varias personas.

Volvámonos ahora a los restantes indicios que dejó ese extraordinario vigor. La garganta de la anciana señora estaba cortada y el instrumento era una simple navaja. Lo invito a considerar la brutal ferocidad de estas acciones. No diré nada de las contusiones que presentaba el cuerpo de la señora L’Espanaye. El Dr. Dumas y su valioso ayudante han decidido que fueron producidas por un instrumento contundente, y hasta ahí su opinión es muy correcta. El instrumento contundente fue evidentemente el pavimento de piedra del patio, sobre el cual cayó la víctima desde la ventana que da sobre la cama. Por simple que sea, esto escapó a la policía por la misma razón que se les escapó el ancho de las persianas: frente a la presencia de clavos se quedaron ciegos ante la posibilidad de que las ventanas hubieran sido abiertas alguna vez.

Si ahora, por añadidura, ha reflexionado usted sobre el extraño desorden del aposento, hemos llegado al punto de poder combinar las nociones de una asombrosa agilidad, una fuerza sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, y una voz de tono extranjero para los oídos de hombres de distintas nacionalidades y privada de todo silabeo inteligible. ¿Qué se deduce de todo esto? ¿Qué impresión he producido en su imaginación?

Al escuchar las preguntas de Dupin sentí que un estremecimiento recorría mi cuerpo.

—Un maníaco es el autor del crimen —dije—. Un loco furioso escapado de algún hospital psiquiátrico cercano.

—El cabello de un loco no es como el que ahora tengo en la mano.

Arranqué este pequeño mechón de entre los dedos rígidamente apretados de la señora L’Espanaye. ¿Puede decirme qué piensa de ellos?

—¡Dupin... este cabello es absolutamente extraordinario...!
¡No es cabello humano!—grité, trastornado por completo.

—No he dicho que lo fuera —repuso mi amigo—. Pero antes de que resolvamos este punto, le ruego que mire el bosquejo que he trazado en este papel. Es un facsímil de lo que en una parte de las declaraciones de los testigos se describió como «contusiones y profundas huellas de uñas» en la garganta de la joven L’Espanaye, y en otra (declaración de los señores Dumas y Etienne) como «una serie de manchas lívidas que, evidentemente, resultaban de la presión de unos dedos».

—Notará usted —continuó mi amigo, mientras desplegaba el papel— que este diseño indica una presión firme y fija. No hay señal alguna de deslizamiento. Cada dedo mantuvo, probablemente hasta la muerte de la víctima, su terrible presión en el sitio donde se hundió primero. Le ruego ahora que trate de colocar todos sus dedos a la vez en las respectivas impresiones, tal como aparecen en el dibujo.



Lo intenté en vano.

—Quizá no estemos procediendo debidamente —dijo Dupin—. El papel es una superficie plana, mientras que la garganta humana es cilíndrica. Pero aquí tenemos un pequeño tronco cuya circunferencia es aproximadamente la de una garganta. Envuélvala con el dibujo y repita el experimento.

Así lo hice, pero las dificultades eran aún mayores.

—Esta marca —dije— no es la huella de una mano humana.

—Lea ahora —replicó Dupin— este pasaje de Cuvier².

Era una minuciosa descripción anatómica y descriptiva del gran orangután leonado de las islas de la India oriental. La gigantesca estatura, la prodigiosa fuerza y agilidad, la terrible ferocidad y las tendencias imitativas de estos mamíferos son bien conocidas. Instantáneamente comprendí todo el horror del asesinato.

—La descripción de los dedos —dije al terminar la lectura— concuerda exactamente con este dibujo. Solo un orangután, entre todos los animales existentes, es capaz de producir las marcas que aparecen en su diseño. Y el mechón de pelo coincide con el pelaje de la bestia descrita por Cuvier. De todas maneras, no alcanzo a comprender los detalles de este aterrador misterio. Además, se escucharon dos voces que disputaban y una de ellas era, sin duda, la de un francés.

—Cierto. Y recordará usted que, casi unánimemente, los testigos declararon haber oído decir a esa voz las palabras: «¡Dios mío!». Uno de los testigos (Montani, el confitero) acertó al sostener que la exclamación tenía un tono de reproche. Sobre esas dos palabras, pues, he apoyado mis esperanzas de una solución total del enigma. Un francés estuvo al tanto del asesinato. Es posible —e incluso muy probable— que fuera inocente de toda participación en el sangriento episodio. El orangután pudo haberse escapado. Quizá siguió sus huellas hasta la habitación; pero, dadas las terribles circunstancias que se sucedieron, le fue imposible capturarlo otra vez. El animal anda todavía suelto. Si el francés en cuestión es, como lo supongo, inocente de tal atrocidad, este aviso que dejé anoche cuando volvíamos a casa en las oficinas de *Le Monde* (un diario consagrado a cuestiones marítimas y muy leído por los navegantes) lo hará acudir a nuestra casa.

² Georges Cuvier (1769-1832) fue un naturalista y zoólogo francés. Sus aportes a la ciencia permitieron establecer los cimientos de la paleontología moderna y el estudio de la anatomía comparada durante el siglo XIX.

Me alcanzó un papel, donde leí:

CAPTURADO

En el Bois de Boulogne, en la mañana del... (la mañana del asesinato), se ha capturado un gran orangután leonado de la especie de Borneo. Su dueño (de quien se sabe que es un marinero perteneciente a un barco maltés) puede reclamarlo, previa identificación satisfactoria y pago de los gastos ocasionados por su captura y cuidado. Presentarse al número... calle... Faubourg Saint-Germain... tercer piso

—Pero, ¿cómo es posible —pregunté— que sepa usted que el hombre es un marinero y que pertenece a un barco maltés?

—No lo sé —dijo Dupin— y no estoy seguro de ello. Pero he aquí un trocito de cinta que, a juzgar por su forma y su grasienta condición, debió de ser usado para atar el pelo en una de esas largas coletas de que tan orgullosos se muestran los marineros. Además, el nudo pertenece a esa clase que pocas personas son capaces de hacer, salvo los marinos, y es característico de los malteses. Encontré esta cinta al pie de la varilla del pararrayos. Imposible que perteneciera a una de las víctimas. De todos modos, si me equivoco al deducir de la cinta que el francés era un marinero perteneciente a un barco maltés, no he causado ningún daño al estamparlo en el aviso. Pero si estoy en lo cierto, habremos dado un paso importante. Conocedor, aunque inocente de los asesinatos, el francés vacilará, como es natural, antes de responder al aviso y reclamar el orangután. Razonará así: «Soy inocente y pobre; mi orangután es muy valioso y para un hombre como yo representa una verdadera fortuna. ¿Por qué perderlo a causa de un tonto temor? Está ahí, a mi alcance. Lo han encontrado en el Bois de Boulogne, a mucha distancia de la escena del crimen. ¿Cómo podría sospechar alguien que ese animal es el culpable? La policía está desorientada y no ha podido encontrar la más pequeña huella. Si llegaran a seguir la pista del mono, les será imposible probar que supe algo de los crímenes o echarme alguna culpa. Además, soy conocido. El redactor del aviso me designa como dueño del animal. Ignoro hasta dónde llega su conocimiento. Si renuncio a reclamar algo de tanto valor, que se sabe de mi pertenencia, las sospechas recaerán, por lo menos, sobre el animal. Contestaré al aviso, recobraré el orangután y lo tendré encerrado hasta que no se hable más del asunto.»

En ese momento oímos pasos en la escalera.

—Prepare las pistolas —dijo Dupin—, pero no las use ni las exhiba hasta que le haga una seña.

La puerta de entrada de la casa había quedado abierta y el visitante había entrado sin llamar, subiendo algunos peldaños de la escalera. Pero, de pronto, pareció vacilar y lo oímos bajar. Dupin corría ya a la puerta cuando advertimos que volvía a subir. Esta vez no vaciló, sino que, luego de trepar decididamente la escalera, golpeó en nuestra puerta.

—¡Adelante! —dijo Dupin con voz cordial y alegre.

El hombre que entró era, con toda evidencia, un marino. Alto, robusto y musculoso, con una expresión de arrogancia no del todo desagradable. Su rostro, muy atezado, aparecía en gran parte oculto por las patillas y los bigotes. Traía consigo un grueso bastón de roble, pero al parecer esa era su única arma. Inclínose torpemente, dándonos las buenas noches.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo que viene en busca del orangután. Palabra, se lo envidio un poco. Es un magnífico animal y presumo que debe tener gran valor. ¿Qué edad le calcula usted?

El marinero respiró profundamente, como quien se siente aliviado de un peso intolerable, y contestó con tono reposado:

—No podría decirlo, pero no tiene más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Carecemos de lugar adecuado. Podría usted llevárselo mañana por la mañana. Supongo que estará en condiciones de probar su derecho de propiedad.



—Por supuesto que sí, señor.

—Lamentaré separarme de él —dijo Dupin.

—No quisiera que usted se hubiese molestado por nada —declaró el marinero—. Estoy dispuesto a pagar una recompensa por el hallazgo del animal. Una suma razonable, se entiende.

—Pues bien —repuso mi amigo—, eso me parece muy justo. Déjeme pensar: ¿qué le pediré? ¡Ah, ya sé! Esta será mi recompensa: me contará usted todo lo que sabe sobre esos crímenes en la calle Morgue.

Dupin pronunció las últimas palabras en voz muy baja y con gran tranquilidad. Después, con igual calma, fue hacia la puerta, la cerró y guardó la llave en el bolsillo. Sacando luego una pistola, la puso sin la menor prisa sobre la mesa.

El rostro del marinero enrojeció como si un acceso de sofocación se hubiera apoderado de él. Se levantó y empuñó su bastón. Pero enseguida se dejó caer sobre la silla, temblando violentamente y pálido como la muerte. No dijo una palabra. Lo compadecí desde lo más profundo de mi corazón.

—Amigo mío, se alarma usted sin necesidad —dijo cordialmente Dupin—. No tenemos intención de causarle el menor daño. Le doy mi palabra de caballero y de francés. Sé perfectamente que es usted inocente de las atrocidades de la calle Morgue. Pero sería inútil negar que, en cierto modo, se halla implicado en ellas. El caso se plantea de la siguiente manera: usted no ha cometido nada que no debiera haber cometido, nada que lo haga culpable. Ni siquiera se le puede acusar de robo, cosa que pudo llevar a cabo impunemente. No tiene nada que ocultar ni razón para hacerlo. Por otra parte, el honor más elemental lo obliga a confesar todo lo que sabe. Hay un hombre inocente en la cárcel, acusado de un crimen cuyo perpetrador puede usted denunciar.

Mientras Dupin pronunciaba estas palabras, el marinero había recobrado en buena parte su compostura, aunque su aire decidido del comienzo habíase desvanecido por completo.

—¡Que Dios me ampare! —dijo, después de una pausa—. Le diré todo lo que sé sobre este asunto, aunque no espero que crea ni la mitad de lo que voy a contarle... ¡Estaría loco si pensara que van a creerme! Y, sin embargo, soy inocente, y lo confesaré todo aunque me cueste la vida.

En resumen, lo que nos dijo fue lo siguiente:

Poco tiempo atrás, había hecho un viaje al archipiélago Índico. Un grupo del que formaba parte desembarcó en Borneo y penetró en el interior a fin de hacer una excursión placentera. Entre él y un compañero capturaron al orangután. Su compañero murió y él quedó dueño único del animal. Después de considerables dificultades, ocasionadas por la indomable ferocidad de su cautivo durante el viaje de vuelta, logró finalmente encerrarlo en su casa de París, donde, para aislarlo de la incómoda curiosidad de sus vecinos, lo mantenía cuidadosamente recluido, mientras el animal curaba de una herida en la pata que se había hecho con una astilla a bordo del buque. Una vez curado, el marinero estaba dispuesto a venderlo.

Una noche, o más bien una madrugada, al volver de una pequeña juerga de marineros, nuestro hombre se encontró con que el orangután había entrado en su dormitorio. Se había escapado de la habitación donde él había creído tenerlo sólidamente encerrado. Navaja en mano y embadurnado de jabón, se había sentado frente a un espejo y trataba de afeitarse, tal como sin duda había visto hacer a su amo espiándolo por el ojo de la cerradura. Aterrado al ver arma tan peligrosa en manos de un animal feroz y sabiéndolo muy capaz de usarla, el marinero se quedó un instante sin saber qué hacer. Pero al verlo, el orangután se lanzó de un salto a la puerta, bajó las escaleras y, desde ellas, saltando por una ventana que desgraciadamente estaba abierta, se dejó caer a la calle.

Desesperado, el francés corrió tras él. Navaja en mano, el mono se detenía para mirarlo y hacerle muecas, dejándolo acercarse casi hasta su lado. Entonces echaba a correr otra vez. Siguió así la caza durante largo tiempo. Las calles estaban tranquilas, pues eran casi las tres de la madrugada. Al atravesar el pasaje de los fondos de la calle Morgue, la atención del fugitivo se vio atraída por la luz que salía de la ventana abierta de la habitación de la señora L'Españaye, en el cuarto piso. Precipitándose hacia el edificio, descubrió la varilla del pararrayos, trepó por ella con inconcebible agilidad, aferró la persiana que se hallaba completamente abierta y pegada a la pared, y en esta forma se lanzó hacia adelante hasta caer sobre la cabecera de la cama. Todo esto había ocurrido en menos de un minuto. Al saltar en la habitación, las patas del orangután rechazaron nuevamente la persiana, la cual quedó abierta.

El marinero estaba tranquilo y preocupado al mismo tiempo. Tenía esperanzas de volver a capturar a la bestia, ya que le sería difícil escapar de la trampa en que acababa de meterse. Por otra parte, le inquietaba pensar en lo que podría estar haciendo en la casa. Esta última reflexión indujo al hombre a seguir al fugitivo. Para un marinero no es difícil trepar por una varilla de pararrayos; pero, cuando hubo llegado a la ventana, no pudo seguir adelante. Todo lo que pudo hacer fue observar el interior del aposento. Apenas hubo mirado, estuvo a punto de caer a causa del horror que lo sobrecogió. Fue en ese momento cuando empezaron los espantosos alaridos que arrancaron de su sueño a los vecinos. Según parece, la señora L'Espanaye y su hija, vestidas con sus camisones, estaban arreglando papeles en la caja fuerte. Se hallaba abierta y los papeles que contenía esparcidos en el suelo. Las víctimas debían haber estado sentadas de espaldas a la ventana, y, a juzgar por el tiempo transcurrido entre la entrada de la bestia y los gritos, parecía probable que en un primer momento no hubieran advertido su presencia. El golpear de la persiana pudo ser atribuido por ellas al viento.

Cuando el marinero miró hacia el interior del cuarto, el gigantesco animal había aferrado a la señora L'Espanaye por los cabellos (los tenía sueltos porque seguramente se estaba peinando), y agitaba la navaja cerca de su cara imitando los movimientos de un barbero. La hija yacía inmóvil en el suelo, desvanecida. Los gritos y los esfuerzos de la anciana tuvieron por efecto convertir los propósitos probablemente pacíficos del orangután en otros llenos de furor. Con un solo golpe de su musculoso brazo cortó el cuello de la señora. La vista de la sangre transformó su cólera en frenesí. Rechinando los dientes y echando fuego por los ojos, saltó sobre el cuerpo de la joven y le hundió las terribles garras en la garganta. Las furiosas miradas de la bestia cayeron entonces sobre la cabecera del lecho, sobre el cual el rostro de su amo, paralizado por el horror, alcanzaba apenas a divisarse. La furia del orangután se transformó instantáneamente en miedo. Seguro de merecer un castigo, pareció deseoso de ocultar sus sangrientas acciones. Se lanzó por el cuarto con nerviosa agitación, echando abajo y rompiendo los muebles a cada salto y levantando los colchones del lecho. Finalmente se apoderó del cadáver de la señorita L'Espanaye y lo metió en el cañón de la chimenea, tal como fue encontrado. Luego, tomó el cuerpo de la anciana y lo tiró de cabeza por la ventana.

Al ver que el mono se acercaba a la ventana con su mutilada carga, el marinero se echó aterrorizado hacia atrás y, deslizándose sin precaución alguna hasta el suelo, corrió inmediatamente a su casa, temeroso de las consecuencias de semejante atrocidad y olvidando en su terror toda preocupación por la suerte del orangután. Las palabras que los testigos oyeron en la escalera fueron sus exclamaciones de espanto, mezcladas con los sonidos que profería el animal. Poco me queda por añadir. El orangután debió de escapar por la varilla del pararrayos un segundo antes de que la puerta fuera forzada. Sin duda, cerró la ventana a su paso.

El inocente Lebon fue puesto en libertad inmediatamente después que hubimos narrado todas las circunstancias del caso –con algunos comentarios por parte de Dupin– en la oficina del prefecto de policía. El funcionario, aunque muy bien dispuesto hacia mi amigo, no pudo ocultar el fastidio que le producía el giro que había tomado el asunto, y deslizó uno o dos sarcasmos sobre la conveniencia de que cada uno se ocupara de sus propios asuntos.

—Déjelo usted hablar —me dijo Dupin, que no se había molestado en replicarle—. Deje que se desahogue; eso aliviará su conciencia. Me doy por satisfecho con haberlo derrotado en su propio terreno. De todos modos, el hecho de que haya fracasado en la solución del misterio no es razón para asombrarse. Nuestro amigo el prefecto es demasiado astuto para ser profundo. Pero después de todo es un buen hombre.

Tiempo después, el orangután fue capturado por su mismo dueño, quien lo vendió al *Jardin des Plantes*³ en una elevada suma.



³ Jardín Botánico de París. En 1800, una parte del Jardín estaba destinada a la exhibición de animales exóticos.

Un personaje bajo la lupa: el detective

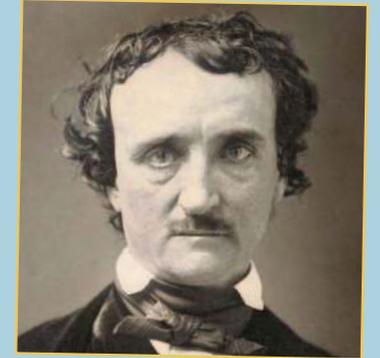
Hoy en día es muy frecuente encontrarse con novelas, series y películas protagonizadas por detectives que resuelven casos de esos que parecen imposibles.

Sin embargo, estos personajes no siempre existieron, sino que tienen una «fecha de nacimiento» precisa: 1841. En efecto, ese año aparece publicado por primera vez el cuento «Los crímenes de la calle Morgue» de Edgar Allan Poe, texto que es considerado como el iniciador del **género policial**.

Más allá de las diferencias, todos estos personajes comparten las características propias de un detective. El típico detective de ficción considera cada caso como un problema lógico a resolver, como si se tratara de un enigma o acertijo que pone a prueba su imaginación y su inteligencia. Posee una gran **erudición**, lo que significa que sabe mucho sobre temas muy variados. Gracias a su **poder de observación**, es capaz de reparar en los más ínfimos detalles para descubrir pistas allí donde los demás no ven nada. Suele ser también un **gran conocedor del alma humana**, virtud que le permite anticipar las acciones de los malhechores que persigue.

¿Quién es Edgar Allan Poe?

Es un escritor estadounidense nacido en 1809 y fallecido en 1849. Sentó las bases del cuento moderno, particularmente del relato corto fantástico y de terror. Algunos de sus cuentos —tales como «El gato negro», «El corazón delator» y «El entierro prematuro»— son para lectoras y lectores realmente valientes.



¿En qué otros cuentos aparece Dupin?

«El misterio de Marie Rogêt» y «La carta robada» conforman una saga —junto con «Los crímenes de la calle Morgue»— en la que el ingenioso detective siempre resulta victorioso.



ANEXO III

“Lo que caracteriza el concepto de aventura y lo distingue de todos los fragmentos de la vida (...) es el hecho de que algo aislado y accidental pueda responder a una necesidad y abrigar un sentido.” GEORGE SIMMEL,
Sobre la aventura

Prólogo

Cuando llegué a la villa sólo sabía que en ese punto del conurbano norte, a unas quince cuadras de la estación de San Fernando, tras un crimen, nacía un nuevo ídolo pagano. Víctor Manuel “El Frente” Vital, diecisiete años, un ladrón acribillado por un cabo de la Bonaerense cuando gritaba refugiado bajo la mesa de un rancho que no tiraran, que se entregaba, se convirtió entre los sobrevivientes de su generación en un particular tipo de santo: lo consideraban tan poderoso como para torcer el destino de las balas y salvar a los pibes chorros de la metralla. Entre los trece y los diecisiete años el Frente robaba al tiempo que ganaba fama por su precocidad, por la generosidad con los botines conseguidos a punta de revólveres calibre 32, por preservar los viejos códigos de la delincuencia sepultados por la traición, y por ir siempre al frente. La vida de Víctor Vital, su muerte, y las de los sobrevivientes de las villas de esa porción del tercer cordón suburbano —la San Francisco, la 25 de mayo y La Esperanza—, son una incursión a un territorio al comienzo hostil, desconfiado como una criatura golpeada a la que se le acerca un desconocido. La invocación de su nombre fue casi el único pasaporte para acceder a los estrechos caminos, a los pequeños territorios internos, a los secretos y las verdades veladas, a la intensidad que se agita y bulle con ritmo de cumbia en esa zona que de lejos parece un barrio y de cerca es puro pasillo. Quizás hubiera sido mejor revelar la identidad de un asesino, la mecánica de un fusilamiento, un mensaje de la mafia, la red de poder de un policía corrupto, un crimen pasional cometido con una faca bien afilada. Detrás de cada uno de los personajes se podría ejercer la denuncia, seguir el rastro de la verdad jurídica, lo que los abogados llaman “autor del delito” y el periodismo «pruebas de los hechos». Pero me vi un día intentando torpemente respetar el ritmo bascular de los chicos ladrones de San Fernando, sentado durante horas en la misma esquina viendo cómo jugaban al fútbol y sancionaban a las patadas al mal zaguero central. Me vi sumergido en otro tipo de lenguaje y de tiempo, en otra manera de sobrevivir y de vivir hasta la propia muerte. Conocí la villa hasta llegar a sufrirla. Con el tiempo y el progreso del asfalto y la urbanización impuesta por el municipio, la villa San Francisco, y a sus costados norte la 25, y sur La Esperanza, se fueron convirtiendo en un barrio. Sobre el natural caos de la edificación no planificada se trazaron algunas calles y algunos ranchos desaparecieron bajo las topadoras para dar lugar al cemento y al orden. Pero la traza colonial sólo logra dar la impresión de un barrio con esas fachadas en las que a pesar de la pobreza se ha puesto esmero. Es una delantera amable de la villa: entre casa y casa, entre frente y frente, se abren los pasillos que llevan a los caseríos de los fondos. Detrás de cada zaguán se esconden las casillas de chapa mejoradas con improvisadas paredes de bloques o ladrillos. Justo entre la 25 y La Esperanza ha quedado intacta una porción de la vieja villa de ranchos encimados con cuatro pasillos internos. En uno de ellos, al que se entra por la calle General Pinto, a una cuadra de su casa, fue

asesinado el Frente Vital la mañana del 6 de febrero de 1999. Muy de a poco el campo de acción en el lugar se fue ampliando para mí, abriéndose hasta dejarme entrar a los expendios de droga, a las casas de los ladrones más viejos y retirados, a los aguantaderos. Al principio sólo podía circular por la cuadra del Frente, sólo ver cómo, al llegar la hora de comer, las mujeres comenzaban a hacer una recolección sistematizada de préstamos entre los vecinos de siempre. Media taza de aceite de un rancho, un poco de arroz de otro, una cebolla, un precioso pedazo de carne más allá. Las madrazas en busca del faltante para resolver el hambre se cruzaban de vereda a vereda rescatando porciones a reciclar con una pericia que evidenciaba el entrenamiento en la faena de llenar la olla del día, la inmediata necesidad de saciar los estómagos de cada familia. Al Frente lo enterraron en una tumba del sector más pobre del cementerio de San Fernando, donde conviven los mausoleos señoriales de la entrada, y las pedestres sepulturas sobre la tierra. Adornados por flores de plástico, los muertos quedan como sembrados a lo largo de una planicie en la que resalta hoy la tumba de Víctor Vital. Resplandece entre las demás por las ofrendas. Grupos de chicos enfundados en sofisticados equipos de gimnasia y zapatillas galácticas se reúnen para compartir con el Frente la marihuana y la cerveza. Las ofrecen para pedirle protección. San Fernando es ese partido del conurbano bonaerense cuya estación del ferrocarril Mitre es casi la última antes de llegar a Tigre, a poco del Río de la Plata, entre Béccar y Carupá: es la zona del país donde la brecha entre pobres y ricos es abismal. La fortuna ajena parece al alcance de la mano: allí se da la maldita vecindad entre el hambre y la opulencia. A dos años de mi llegada al barrio, los chicos de la generación que creció sin el particular y cuestionable orden que defendía el Frente Vital, les roban a las ancianas y los niños del lugar. Buscan diez pesos para una próxima dosis de mentirosa altivez. Se conforman ya no con la reivindicación del propio ser al tomar por asalto el status prohibido de las marcas famosas sino con un paraíso artificial que da una bolsa de *Poxirán* o intoxicados con las pastillas diseñadas para calmar la angustia del perfecto pequeño burgués diluidas en el peor vino ofertado por el almacenero, al que tarde o temprano asaltarán, simplemente porque los tiempos han cambiado en contra nuestra y ya no hay ley, no hay iguales, no existe el milagro de la salvación. Como si él y su poderío místico incluyeran la condena y la salvación, el mito del Frente Vital me abrió la puerta a la obscena comprobación de que su muerte incluye su santificación y al mismo tiempo el final de una época. Esta historia intenta marcar, contar ese final y el comienzo de una era en la que ya no habrá un pibe chorro al que poder acudir cuando se busca protección ante el escarmiento del aparato policial, o de los traidores que asolan como el hambre la vida cotidiana de la villa.

Capítulo 1

María tenía las manos metidas en el agua jabonosa de un fuentón cuando llegó la peor noticia de su vida. — ¡Loco! ¡Vengan! ¡Vamos a fijarnos! ¡Está toda la yuta! ¡Parece que lo agarraron al Frente! María retorció un jean en el patio del rancho de su novio Chaías. Vivía allí hacía dos semanas, exilada por primera vez de la casa de su familia, tras una discusión con su padrastro, un poco respetado *dealer* de la zona, miembro del clan de los Chanos. — ¡Loco! ¡Parece que mataron al Frente! Los pibes de esa cuadra que desde afuera parece un barrio pero por dentro es puro pasillo, todos menos ella salieron corriendo tal como estaban. María se quedó parada allí, sin volver la vista atrás, disimulando por pudor a causa de ese noviazgo corto pero in— tenso que ya había dejado de tener con el Frente. Prefirió decirse a sí misma: “Yo me hago la estúpida”. Especuló con que si algo verdaderamente malo ocurría, alguien llegaría a avisar. Por eso hizo como que frotaba la ropa, soportando las ganas de llegar también ella, más rápido que ninguna, desesperadamente, a ver la suerte que había corrido el chico de quien a pesar de la separación reciente, aún estaba enamorada. —Lo mataron al Frente —dijo, después de unos diez minutos una mujer del otro lado de su cerco. María lo escuchó sabiendo que algún día podía suceder, pero jamás tan pronto: ella trece y él diecisiete, y esas profusas cartas de amor que hablaban de un futuro que se le antojaba el único aunque ahora estuviera con otro, aunque su nuevo novio fuera uno de los amigos de Víctor, aunque el mundo se cayera. Salió secándose las manos en el pantalón, y anduvo una, dos, tres cuadras, cruzó el descampado, y se metió en la villa 25 de Mayo directo hacia el rancho de su madre, el mismo del que se había escapado para refugiarse en la casa de Chaías. Apenas entró, se arrojó a los brazos de la mujer, como hacía mucho tiempo que no lo hacía: —Ma, me parece que lo mataron al Frente, acompáñame —le dijo llorando en su hombro. Laura estaba cubierta sólo por una sábana, acalorada por el peso de la humedad que a las diez y media de la mañana antecedió a la tormenta; el cuerpo exhausto después de una noche de Tropitango con el Frente, las chicas y el resto de los amigos que quedaban en libertad. La despertó una bulla atípica para una mañana de sábado, una agitación que de alguna manera preanunciaba la batalla que sobrevendría. Su madre no tardó en alertarla. Le dijo, sin siquiera saludarla, con una voz áspera pero sin embargo piadosa: —Lau, me parece que lo mataron al Frente. Salió de la cama anestesiada, sin sentir el peso del cuerpo trasnochado, de los litros de alcohol que había tomado mientras bailaban por undécima vez en el centro de la pista con esos romances tortuosos entonados por Leo Matiulli y su banda en el escenario, en vivo y en directo. Hizo la media cuadra de pasillo que la separaba del potrero desierto que dejaba ver el escuálido frente de la villa: — ¡Parecía como si estuvieran buscando al Gordo Valor! ¡La cantidad de policías que había! Los más cercanos a Víctor se fueron arrimando todo lo que pudieron al rancho donde lo tenían encerrado. Se habían escuchado los tiros. Varios habían visto de refilón cómo Víctor y tras él Luisito y Coqui, dos de los integrantes de lo que la policía propagandizó como La Banda de Los Bananita, pasaban corriendo por el corazón de la 25 con las sirenas policiales de fondo, cruzaban por el baldío que da a la San Francisco y se perdían en uno de sus pasillos metiéndose en el rancho de doña Inés Vera. Supieron por el veloz correo de rumores de la villa que Coqui cayó rendido en la mitad del camino, cuando al atravesar una manzana de monoblocks en lugar de seguir escapando intentó esconderse en una de las entradas. Desde el momento de los disparos no hubo más señales sobre lo que había pasado. Nadie sabía si Luis y el Frente estaban vivos. Los policías se vieron rodeados apenas se internaron en la San Francisco; con cada vez más refuerzos intentaban disuadir a los vecinos de que se retiraran. Mauro avanzó por entre

los ranchos y consiguió treparse al techo de la casilla cercada por un batallón de policías en la que habían intentado refugiarse Víctor y su compinche, Luisito. Mauro era uno de los mejores amigos del Frente, un integrante fuerte de la generación anterior de ladrones que había, después de pasar demasiado tiempo preso y tras la muerte de su madre, decidido alejarse del oficio ilegal y buscarse un trabajo de doce horas para lo básico, ya lejos de las pretensiones. Mauro había influido en Víctor con sus consejos sobre los viejos códigos, el «respeto» y la ética delincencial en franca desaparición. Mauro recuerda bien que dormía con Nadia, su mujer, cuando lo despertaron los tiros. “Le dije: ‘Uy, los pibes’. Porque siempre que se escuchan tiros es porque hay algún pibe que anda bardeando. Me levanté, me puse un short y encaré para aquel lado.” Apenas salió de su rancho una nena que vive a la vuelta y que lo sabía amigo inseparable de Víctor, a pesar de que para entonces él ya comenzaba a “dejar el choreo”, le dijo la frase tan repetida aquella mañana: —Me parece que lo mataron al Frente. Corrió hasta la entrada de la San Francisco. Un policía lo frenó: —No podés pasar. Mauro continuó sin mirar atrás. El policía le chistó. Él siguió acercándose a Víctor. —A vos te digo, no podés pasar. —Qué no voy a poder pasar —le dijo—. Yo voy para mi casa, cómo no voy a poder pasar loco, si no hay una cinta ni nada. Durante unos minutos creyó, incluso se lo dijo a Laura, que el Frente había podido escapar. «Este hijo de puta se les escapó.” Igual se trepó al techo, para cerciorarse. Desde lo alto podía ver la mitad del cuerpo de Luís saliendo de la puerta del rancho. Estaba inmóvil, parecía muerto pero sólo lo simulaba por el pánico al fusilamiento: Mandó a pedir una cámara de fotos que no tardó nada en llegar. Disparó varias veces para registrar lo que sospechaba que la Policía Bonaerense ocultaría. Temía que Víctor estuviera herido y que, tal como estaba marcado por la Bonaerense, dejaran que se desangrase al negarle la asistencia médica. Por eso amenazaba con arrancar las chapas de la casilla si la policía no se decidía a sacarlo de allí. Hasta que Luís no pudo evitar que contra su voluntad las piernas comenzaran a temblarle. Uno de los uniformados se dio cuenta: —Che, guarda porque éste está vivo. Laura vio cuando lo retiraban del lugar en una camilla con la cabeza ensangrentada por el tiro que le rozó el cráneo. Chaías consiguió acercarse a él. Luís lloraba. —El Frente, fijate en el Frente —alcanzó a decirle antes de que lo metieran en la ambulancia. Laura se preocupó cuando unos minutos después la segunda ambulancia que había llegado para los supuestos heridos se fue vacía. —Señor, ¿y el otro chico? —preguntó a uno de los uniformados con miedo a la respuesta. —Está ahí adentro, lo que pasa es que está bien —le mintió. — ¿Y por qué una de las ambulancias ya se fue? — ¡Porque está bien, nena! —cerró el policía. Entre los que peleaban su lugar cerca del rancho también esperaba Matilde, confidente privilegiada del Frente, cómplice de hierro a la hora de dar refugio después de un robo, cartonera y madre de Javier, Manuel y Simón Miranda, sus mejores amigos, los chicos con los que a los trece había comenzado en el camino del delito. Matilde había conseguido escurrirse hasta la puerta misma del rancho y desde ahí hablaba con Mauro amotinado en el techo. Estuvo casi segura de que al Frente lo habían matado cuando presenció las preguntas y las evasivas entre Mauro y uno de los hombres de delantal blanco que entró al rancho con un par de guantes de látex en las manos. —Eh, ¿qué onda con el pibe? ¿Por qué no lo sacan? —le preguntó Mauro. —No, ahora vamos a ver —intentó evadirse el enfermero. —Decíme la verdad, decime si está muerto. —No te puedo decir nada —lo cortó. —Decile la verdad loco, no va a pasar nada. Está muerto, ¿no? El enfermero ya no volvió a abrir la boca pero cuando volvió a pasar, bajando los párpados lentamente, lo confirmó. Pato, el hermano mayor de Víctor estaba en su turno de doce horas en un supermercado donde ahora es supervisor. Su hermana Graciana ya se había casado y se había ido a vivir a Pacheco. Si no aparecía

un

familiar la policía seguiría reteniéndolo en el rancho de doña Inés Vera. —Vayan a buscar a la madre que está trabajando en el supermercado San Cayetano de Carupá —propuso un chico. Allá partieron Laura y Chaías en un remise. Pero Sabina estaba en la sucursal de Virreyes. Volvieron al barrio. La gente seguía acumulándose alrededor del rancho. A Virreyes corrieron a buscarla otros vecinos. —Vení Sabina porque hay un problema con la policía.

—Pero dejalo que se lo lleven a ese guacho por atrevido. Yo no voy a ninguna parte —se negó Sabina, como siempre en lucha contra la pasión ladrona de su hijo menor, dispuesta a que lo metieran preso con la esperanza de que el encierro en un instituto lo reformara y lo convirtiera en un adolescente estudioso y ejemplar. —Venite que está adentro de una casa. ¡Venite! La convencieron. Sabina pensó: “Éste tomó como rehén a alguien y está esperando que yo llegue para entregarse, pero antes lo voy a trompear tanto...”. No llegó a imaginar la muerte de su hijo hasta que el auto se asomó al barrio doblando por la calle Quimo Costa y pudo distinguir desde el otro lado del campito un móvil de Crónica TV y un helicóptero sobrevolando la muchedumbre. “Cuando vi el mosquerío de gente y de policías me temblaron las piernas.” Bajó del remise y escuchó que gritaban: — ¡Viene la mamá! ¡Viene la mamá! —atravesó desesperada y los pibes y las mujeres iban abriendo paso a lo largo de todo ese pasillo. Fue en ese momento en que se le unió como una guardaespaldas incondicional Matilde, experta en reclamar por sus chicos y pelearse con la policía cada vez que caían presos. Juntas llegaron a la valla humana de policías que custodiaba el acceso al rancho. Sabina dijo, con los labios apretados: —Soy la madre —y entró. María, la ex novia del Frente, en ese mismo momento caminaba sostenida por su madre hacia el campito que da a la vereda de la San Francisco por un lado y la 25 por el otro. Lo primero que vio fue la flaca silueta de su novio Chafas que saltaba en el medio del campo y gritaba. “Todos gritaban, me mareé de repente, no veía nada, no entendía nada, me había puesto muy nerviosa, temblaba, tenía miedo y no sabía bien de qué. Hasta que llegué a la puerta del rancho, porque me iban dejando pasar, y la vi a Sabina.” Ella, Sabina Sotello, intentando conservar la calma, queriendo creer a pesar de todo que el sabandija había tomado rehenes, preguntó intentando parecer tranquila: - —Dónde está mi hijo? Una mujer policía de pelo corto, subcomisaria a cargo del operativo, la miró y no quiso contestarle. —Yo soy la mamá —le dijo, dándole todos los motivos del mundo en uno para que le contestara. Sabina miró hacia los costados buscando el rostro de Víctor. Pero no alcanzó a distinguirlo. “Yo creía que me lo iba a encontrar ahí parado, qué sé yo, y esta mujer no me decía qué había pasado, así que me saqué.” La agarró del cuello del uniforme y la levantó contra un ropero pequeño que había en aquel cuarto de dos por dos. —Dónde está mi hijo? —Calmate, calmate. —Dónde está mi hijo? —Pará, pará, calmate. Sabina no dudaba en estrangularla si no hablaba, no se la quitarían de las manos si no le aclaraban qué había pasado con Víctor. Y entonces escuchó el tecleo de una máquina de escribir sobre una pequeña mesa. “Y cuando escuchás eso ya te imaginás, ¿viste?, cuando están escribiendo...”

El hombre que escribía a máquina desarrollaba en lenguaje judicial los hechos que habían llevado a la muerte de Víctor Manuel Vital esa mañana de febrero. La historia tiene domicilio: el número 57 de la calle General Pinto, esquina Freñch. Allí, en la puerta de su casa, Víctor le dejó en custodia a Gastón, el hermano mayor de Chafas, las cadenas, las pulseras, los anillos de oro, los fetiches de

status que siempre llevaba puestos. Marchó, preparado para «trabajar» a encontrarse con otros dos adolescentes con quienes solía compartir los golpes: Coqui y Luisito, dos ladrones también de diecisiete, y de otra villa con nombre católico: Santa Rita. Ellos dos y dos hermanos hijos de un ladrón conocido como “El Banana”, se harían famosos tiempo después de la muerte de Víctor en una de las primeras tomas de rehenes televisadas. Habían querido robar a una familia y en lugar de escapar rápido se habían entusiasmado con la cantidad de objetos suntuosos que había en el chalet de Villa Adelina. Algo parecido a lo que les ocurrió ese 6 de febrero cuando tardaron en robar una carpintería a sólo ocho cuabras de French y Pintos. Gastón intentó persuadirlo: que no fuera, que se quedara esta vez porque el lugar tenía un “mulo”, que en la jerga significa vigilador privado; que otros ya habían “perdido” intentando lo mismo. Víctor no quiso creerle. En menos de diez minutos estaba encañonando al dueño de la fábrica de muebles. En quince salían corriendo del lugar muy cerca de la mala suerte. Los dos patrulleros que rondaban la zona recibieron un alerta radial sobre el asalto. “Tres NN masculino, de apariencia menores de edad se dirigen con dirección a la villa 25”, escucharon. En el móvil 12179 iban el sargento Héctor Eusebio Sosa, alias “El Paraguayo”, y los cabos Gabriel Arroyo y Juan Gómez. Y en el 12129 el cabo Ricardo Rodríguez y Jorgelina Massoni, famosa por sus modos, como “La Rambito”. Las sirenas policiales se escuchaban cada vez más cerca. Víctor corría en primer lugar, acostumbrado como ninguno a escabullirse: en el último tiempo ya no podía pararse en ninguna esquina. Su sola presencia significaba motivo suficiente para una detención. A sus espaldas pretendían volar Coqui y Luisito. —No puedo más! ¡No puedo más! —escucharon quejarse a Coqui, que quedó relegado en el fondo por culpa de sus pulmones comidos por la inhalación de pegamento. Riéndose del rezagado, el Frente y Luis entraron por el primer pasillo de la San Francisco. Alicia del Castillo, una vecina de generosas proporciones, caminaba por el sendero con su hija de dos años de un lado y la bolsa del pan en el otro. El Frente la agarró de los hombros con las dos manos para correrla: ya no llevaba el arma encima. En seguida “colaron rancho”, como le dicen los chicos a refugiarse en la primer casilla amiga. La mujer que les dio paso para que se salvaran, doña Inés Vera, se paró en la puerta como esperando que pasara el tiempo y los chicos se metieron debajo de la mesa como si jugaran a las escondidas. Los policías habían visto el movimiento. Ni siquiera le hablaron, la zamarrearón de los pelos y a los empujones liberaron la entrada. Los chicos esperaban sin pistolas: Luisito me contó que se las dieron a doña Inés, quien las tiró atrás de un ropero. Las

descartaron para negociar sin el cargo de “tenencia” en caso de entregarse. Lo mismo que el dinero: lo guardó ella debajo de un colchón y lo encontró la policía aunque nada de eso conste en las actas judiciales. En cuclillas bajo la mesa; el Frente se llevó el índice a los labios: “Shh... callate que zafamos...”, murmuró; y vieron a una mujer policía y dos hombres entrar al rancho apuntando con sus reglamentarias. El sargento Héctor Eusebio Sosa, “El Paraguayo”, iba adelante con su pistola 9 milímetros. Pateó la mesa con la punta de fierro de su bota oficial; la dejó patas arriba en un rincón. Víctor alcanzó a gritar: —No tiren, nos entregamos! Luis dice que murmuraron un “no” repetido: “No, no, no”, un “no” en el que no estaban pudiendo creer que los fusilaran: “Nos salió taparnos y decir ‘no, no’, como cuando te pegan de chico”, me contó Luisito en un pabellón de la cárcel de Ezeiza, condenado a siete años de cárcel por los robos que después de la muerte del Frente siguió cometiendo, exultante al recordar los viejos tiempos después de tanto, el día de su cumpleaños veintiuno. Y describió sin parar la escena final: Silbaron en el aire estrecho de aquella miserable

habitación de dos por dos cinco disparos a quemarropa. Luis supo que los fusilaban; como impulsado por un resorte saltó hacia la puerta. En el aire una bala le rozó el cráneo. Quedó con la mitad del cuerpo afuera del rancho, ganándole medio metro al pasillo. Se desmayó. El Frente intentó protegerse cruzando las manos sobre la cara como si con ellas tapara un molesto rayo de sol. Luisito recuperó la conciencia a los pocos minutos, pero se quedó petrificado tratando de parecer un cadáver.

El Frente falleció casi en el momento en que el plomo policial le destruyó la cara. Las pericias dieron cuenta de cinco orificios de bala en Víctor Manuel Vital. Pero fueron sólo cuatro disparos. Uno de ellos le atravesó la mano con que intentaba cubrirse y entró en el pómulo.. Otro más dio en la mejilla. Y los dos últimos en el hombro. En la causa judicial el Paraguayo Sosa declaró que Víctor murió parado y con un arma en la mano. Pero la Asesoría Pericial de la Suprema Corte, por pedido de la abogada María del Carmen Verdú, hizo durante el proceso judicial un estudio multidisciplinario. Los especialistas debieron responder, teniendo en cuenta el ángulo de la trayectoria de los proyectiles, a qué altura debería haber estado la boca de fuego para impactar de esa manera. Teniendo en cuenta las dimensiones de la habitación y la disposición de los muebles, si los hechos hubieran sido como los relató Sosa, él debería haber disparado su pistola a un metro sesenta y siete centímetros de altura. Esto significa que para haber matado al Frente, tal como dijo ante la justicia, Sosa debería haber medido por lo menos tres metros treinta centímetros. Con el rostro enrojecido por la presión del estrangulamiento la mujer policía, elevada diez centímetros del suelo por la fuerza de la mujer que la tenía del cuello, le dijo finalmente a Sabina: —Su hijo está muerto. Ahí está, no lo toque. En el piso de tierra yacía Víctor, con la frente ancha y limpia que le dio sobrenombre, sobre un charco de sangre, bajo la mesa sobre la que escribían el parte oficial de su muerte.

Sabina soltó un grito de dolor. Su llegada a la escena de los hechos había provocado un silencio sólo alterado por el ruido que hacía el helicóptero suspendido sobre el gentío. Ese alarido y el llanto que lo precedió fueron suficientes para que quienes esperaban perdieran la esperanza: un policía había masacrado a Víctor Manuel “El Frente” Vital, el ladrón más popular en los suburbios del norte del Gran Buenos Aires. Tenía diecisiete años, y durante los últimos cuatro había vivido del robo, con una diferencia metódica que lo volvería santo; lo que obtenía lo repartía entre la gente de la villa: los amigos, las doñas, las novias, los hombres sin trabajo, los niños. “Yo sabía que todo el mundo lo quería pero no pensaba que iban a reaccionar así. Porque hasta la señora de ochenta años empezó a tirar piedras”, cuenta Laura. Así comenzó la leyenda, estalló como lo hacen sólo los combates. Como una señal todo poderosa, entienden en la villa, el cielo se oscureció de golpe, cerrándose las nubes negras hasta semejar sobre el rancherío una repentina noche. Y comenzó a llover. La violencia de la tormenta se agitó sobre la indignación de la turba. Bajo el torrente los vecinos de la San Francisco, la 25 y La Esperanza dieron batalla a la policía. La noticia sobre el final del Frente Vital corrió por las villas cercanas como sólo lo hacen las novedades trágicas. Llegaron de Santa Rita, de Alvear Abajo, del Detalle. A la media hora había casi mil personas rodeando a ese chico muerto y ciento cincuenta uniformados preparados para reprimir. Llegaron los carros de asalto, la infantería, el Grupo Especial de Operaciones, los perros rabiosos de la Bonaerense, los escopetazos policiales. Cuando comenzaron los tiros, Laura consiguió acercarse a su amigo hasta quedar refugiada en uno de los ranchos que dan al lugar donde lo mataron. “Justo donde estaba había un agujerito y pude ver cómo lo sacaban y cómo los hijos de puta se reían y gozaban de lo que habían hecho. Los vigilantes

lo sacaron destapado, como mostrándoselo a todo el mundo... no lo sacaron como a cualquier cristiano. Yo lo vi, vilas zapatillas que en la planta tenían grabada una 'y' bien grande." Era la marca que Víctor le había hecho a las zapatillas, la misma y que ahora dibujan los creyentes en las paredes descascaradas del conurbano junto a los cinco puntos que significan "muerte a la yuta", muerte a la policía. Son los mismos cinco puntos que tienen tatuados en diferentes lugares del cuerpo los amigos de Víctor que fui conociendo a medida que me interné en la viha. Son cinco marcas, casi siempre del tamaño de un lunar, pero organizadas para representar un policía rodeado por cuatro ladrones: uno —el vigilante— en el centro rodeado por los otros equidistantes como ángulos de un cuadrado. Es una especie de promesa personal hecha para conjurar la encerrona de la que ellos mismos fueron víctimas, me explicaron los pibes, aunque suelen ser varias las interpretaciones y no hay antropólogo que haya terminado de rastrear esa práctica tumbera. Ese dibujo asume que el ladrón que lo posee en algún momento fue sitiado por las pistolas de la Bonaerense, y que de allí en más se desafía a vengar su propio destino: el juramento de los cinco puntos tatuados augura que esa trampa será algún día revertida. El dibujo pretende que el destino fatal recaiga en el próximo enfrentamiento sobre el enemigo uniformado acorralado ahora por la fuerza de cuatro vengadores. Por eso para la policía el mismo signo es señal inequívoca de antecedentes y suficiente para que el portador sea un sospechoso, un candidato al calabozo. Son cinco puntos gigantescos, como las fichas de un casino, los que se grabó en su ancha espalda Simón, el menor de los hijos de Matilde, un poco más abajo que las sepulturas, el dragón y la calavera. Y la misma marca tiene, en el bíceps abultado del brazo derecho, Javier, el mayor de sus hermanos. Manuel, el del medio, se los tatuó en la mano. Y Facundo, el cuarto miembro de lo que precariamente fue una "bandita", especie de hermano de los demás y sobre todo compinche íntimo del Frente, se los hizo sobre el omóplato izquierdo la primera vez que estuvo preso en una comisaría a los quince años. El odio a la policía es quizás el más fuerte lazo de identidad entre los chicos dedicados al robo. No hay pibe chorro que no tenga un caído bajo la metralla policial en su historia de pérdidas y humillaciones. Para estos chicos la muerte de su amigo es una de esas heridas que se saben incurables; con las que se aprende a convivir: se veneran, se cuidan, se alivianan con algún ritual, se cuecen con el recuerdo y con las lágrimas. Y como si el destino hubiera querido preservarlos o privarlos del momento fatuo del velorio y el funeral de un ser adorado, los tres estaban presos el día que un policía bonaerense asesinó al ídolo. La tarde anterior al crimen Simón pudo hablar por última vez con Víctor: llamó Simón desde el teléfono público al que tienen acceso los chicos internados en el Instituto Agote. "Nos cagamos de risa un rato. Jodíamos, que pa, que pá-pá-pá. Que pum. Que pam. Y él en un momento me dijo: —Mirá, mañana te voy a mandar una chomba, una bermuda guacho... —No pasa nada, guacho: ¿Qué me estás diciendo? —Eh, vos sabés que somos re amigos... —No pasa nada guacho, bueno, todo bien." Cortaron entre risas y cargadas, como suele ser cuando dos chicos conversan, yendo de la medición del ingenio del otro, del ejercicio de la esgrima verbal permanente, al afecto que llega siempre con rodeos, disfrazado de lealtad o de "respeto". Esa noche Simón se durmió pensando otra vez en el día en que regresaría a la calle y añoró estar en la villa, haber vuelto al rancho después de un "hecho" con los bolsillos llenos de billetes para sumergirse en el Tropitango, o en Metrópolis, la bailanta de Capital. Al día siguiente volvió a marcar el diecinueve y pidió vía cobro revertido con la casa de su amiga Laura. Del otro lado escuchó en la voz de ella el aturdimiento que deja la muerte, la angustia que precede a la entrega de una pésima noticia. Laura estaba con Mariela, su novia de entonces. —No, mejor decile

vos —escuchó Simón. —No, decile vos... —se filtró por el tubo. —Qué te pasa? —casi gritó en el silencio carcelario del Agote. —Qué me tienen que decir, guachas?!

—Eh! ¡Guachas! ¡Pónganse las pilas! —Lo. mataron al Frente. —Cuándo?! —Hace un rato. —Ustedes están re locas. ¡Si yo ayer hablé con él! Laura se largó a llorar. Él no pudo más que creerle. Ni siquiera necesitó que le contaran los detalles. Sabía cuán marcado estaba Víctor Vital por la policía de San Isidro. No pudo más que cortar y subir a la celda, encerrarse aún más dentro del encierro, para llorar solo. Armó un porro enorme gastando toda la marihuana que le quedaba, lo encendió, aspiró profundo, y sin largar el humo puso en un grabador, que le habían regalado, los temas que escuchaba el Frente. Primero cumbia colombiana, cumbia de sicarios, después el grupo mexicano Cañaverall. Al final puso una canción que el Frente escuchaba como parte de su personal religión. *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia,! y que no me recen cuando suenen ios tambores,! y que no me lloren porque me pongo muy triste,! y que no me lloren porque me pongo muy triste,! no quiero coronas ni caritas tristes,! sólo quiero cumbia para divertirme.* Facundo también había caído poco tiempo antes del asesinato en el que por más deseos y mensajes conjuradores de la muerte, el barrio había llorado a mares. Había sido después de un robo con Chafas, en el que un patrullero los cruzó, cuando silbando bajo volvían al barrio después de haber robado una panadería. Chafas se demoró dos minutos de más porque quiso antes de invertir en pastillas pagar la cuota de un crédito que había pedido en la zona. Facundo terminó internado en el Instituto de Recuperación de Adictos de Monseñor Ogñenovich en Mercedes que más tarde se haría famoso por las denuncias sobre malos tratos y torturas a menores. Ese día también supo del crimen por la televisión. “Fue un desastre. Le agarró un ataque de nervios, empezó a romper cosas, luchó con los celadores, quiso saltar el alambre, se quiso escapar, y entonces le pegaron mucho. Después, como él seguía con problemas, fuimos yio encontramos muy mal. Lo drogaban mucho y temblaba solamente de lo drogado que lo tenían. Lo inyectaban y estaba todo lastimado, la boca lastimada, la ceja lastimada, todo el cuerpo raspado del alambre porque lo habían bajado de ios pantalones y se había raspado con las púas. De ahí lo trasladaron a una comunidad para adictos en Florencia Varela. Ahí se repuso, estaba con psicólogos”, me contó una tarde de la última primavera su abuela, una de las Mai umbanda del barrio. Fue a través de Facundo que Luis conoció al Frente, y a su vez a través de Luis que el Frente se cruzó con Coqui, el otro integrante de Los Bananita con quienes fue a robar por última vez. Ese 6 de febrero Manuel estaba detenido por el último robo fallido en la comisaría ira. de San Fernando. “Con los pibes del calabozo mirábamos *Siempre Sábado* por Canal 2. Cuando vino el corte empezamos a hacer *zapping*. De repente apareció en Crónica TV un cartel: ‘Primicia. San Fernando’.” —Pará loco, que yo vivo ahí —frenó Manuel al que manejaba el control remoto del televisor colgado afuera de la celda.

Reconoció las calles, los ranchos, el potrero. Y vio que sacaban en una camilla el cuerpo de alguien. Aunque enfocaban desde lejos, creyó reconocer la ropa de su amigo. —Ojalá que no, pero para mí ése es el Frente —les dijo a ios de su ranchada. Compartía celda con dos chicos del mismo barrio y con un pibe de Boulogne que había sido “compañero” del Frente. Todos se quedaron callados. “Al final cuando casi lo subían a la ambulancia lo reconocí por la y en las suelas. Pensé que estaba muerto, por cómo lo llevaban. Después vino una banda de tiros de la gorra, de piedrazos de la gente. No lo podía creer. Era Crónica en directo y se veía todo el barrio. Yo había caído hacía un mes y me

quería matar porque no estaba ahí con él, porque si hubiéramos estado juntos capaz que no pasaba lo que pasó. Me puse re mal. Me quería matar, ya no me importaba nada después de eso. Decían que

habían quemado a un vigilante, que lo habían herido, que era una batalla campal.” Se veían mujeres pateando patrulleros, escupiendo a la cara de los miembros del Grupo Especial de Operaciones. La policía tuvo que armar un cordón contra el que los amotinados arremetieron una y otra vez: a uno de los uniformados lo hirieron en tina pierna, a otro le quebraron la clavícula de un palazo. Sabina jamás se olvidará de Matilde, la madre de Manuel, Simón y Javier, tan lejana hasta entonces, tan en la vereda de los chorros, donde ella nunca quiso abreviar, siempre sancionando con el desprecio la actividad ilegal de su hijo. La rememora corriendo entre los tiros, bajo la lluvia, embarrada hasta las rodillas y perdiendo las ojotas en la lucha. Como María que en el fragor dejó las suyas clavadas en el barrial. La batalla fue de tal magnitud que Sabina Sotello tuvo que salir del estupor, respirar profundo, y pensar en qué hacer para calmar la sed de venganza por la muerte de su hijo. Sospechaba que la policía dispararía con balas de plomo y temía que, en lo extenso del enfrentamiento, la vecindad se hiciera de las armas escondidas en villas aledañas por el rumor de una razia que lo asolaría ese fin de semana. La venganza estaba demasiado cerca de los deudos enardecidos que no paraban de arrojar piedras y palos contra los uniformados y sus escudos transparentes. «y0 pensaba que iban a matar a alguien más y tuve que reaccionar.” Sabina cruzó el pasillo y habló ante la multitud: —Yo les pido por favor que me dejen terminar, que paremos un poco porque puede haber otra víctima, que paremos, así, estos hijos de puta se van! —dijo. Lentamente los combatientes fueron abandonando la furia y dejando la tarde libre a la pena. “Para colmo llovía tanto, que llovía como si fuera llorar”, dice Chafas, el desgarrado morocho que, contra la tempestad desatada, caminaba blandiéndose contra el viento con una sombrilla roja enorme que parecía sacada de una playa familiar de la costa, una imagen de surrealismo nipón en medio de la miseria. Sabina regresó a la casilla donde el fiscal y los funcionarios judiciales esperaban una señal para abandonar la villa, aterrorizados ante la posibilidad franca del linchamiento. «Ellos en definitiva salieron agarrándose como poiios mojados de mi brazo y de Matilde”, me contó Sabina varias veces a lo largo del tiempo en el que reiteramos esas conversaciones pausadas mientras me acompañaba a recorrer el largo viaje que la reconstrucción de aquella muerte me llevó a iniciar sin fecha de regreso. Matilde no volvió a separarse de Sabina. Como si las balas hubieran dado en cualquiera de sus propios hijos. De alguna manera Víctor había sido durante esos años de asaltos y fuego casi un hijo para ella. Juntas, las dos mujeres partieron a la comisaría para los trámites burocráticos a los que siempre se condena al familiar del chico acribillado. Pasaron cinco horas en la seccional hasta que les dijeron que tardarían en entregarles el cuerpo. Sabina suele recordar riéndose con ternura que Matilde, avergonzada de sus pies desnudos por la pérdida de las ojotas, sentada en un banco de la seccional, trataba de disimular tapándolos el uno contra el otro, escondiéndolos como una niña bajo el asiento. Esa tarde, la de la muerte, Manuel habló con su madre desde la comisaría por teléfono: le rogó que gestionara su visita al velorio, un traslado que los jueces suelen conceder a los reos cuando sufren la muerte de un familiar cercano. Pero, aunque obtuvieron la autorización judicial, no se lo permitieron ellas, sus propias madres. Hasta hoy, a Manuel y a Simón les duele que los hayan privado de esa ceremonia de despedida, pero el clima que había en el velorio era tan enrarecido que a Matilde y a Sabina les pareció un peligro inmenso el operativo. Las armas que habían desaparecido del barrio por el nimor de las razias volvieron apenas asesinaron al Frente. “Nunca vi tantos fierros juntos”, me dijo Sabina sobre la

calidad de los bolsillos de los deudos de su hijo. Si trasladaban a los hermanos hasta la casa de French y General Pintos, donde velaban a Víctor, debían hacerlo policías de la comisaría ira., compañeros de la Rambito y Sosa, cómplices a los ojos de todos, tan culpables de la muerte injusta como el que gatilló. La policía, además, no se había quedado tranquila después del marasmo del sábado. El resentimiento de los hombres de la primera de San Fernando no terminó con la represión de ese día. Manuel lo supo desde adentro. Estaba detenido en esa seccional cuando ocurrió todo. «Apenas lo mataron vinieron a gozarme y entonces se armó un bondi, discutí y le tiré un termo de agua hirviendo a un cobani. Con los pibes lo peleamos y me querían sacar solo afuera para cagarme a trompadas. Me llevaron a la comisaría de Boulogne, y después me volvieron a la ira. Ahí estaba sin hacer nada, pensaba nomás, me quería matar. Me dio por ponerme a escribir. No paraba de recordar.” Llovió todo el día y toda la noche. Y a pesar del tiempo enfurecido desde el momento de la muerte no dejó de haber deudos esperando el cuerpo en la puerta de Pinto 57. ccTuvimOs que esperar tres días para que nos lo entregaran. Me querían dejar velarlo dos o tres horas, los mandé a la puta que los parió, les dije que yo lo iba a velar el tiempo que quisiera, el tiempo que yo creía que él se merecía. Yo les discutía, les decía que ellos en ese momento eran empleados míos, que les pagaba el sueldo y que ellos iban a hacer lo que yo les dijera. Lo velamos acá por el hecho de que la gente a veces no tiene para viajar

—cuenta Sabina en el cuarto donde estuvo el cadáver de Víctor—. Esto era un mundo, gente que yo no había visto en mi vida que llegaba de todas partes.” Fue una romería. La cuadra de French entre Pinto e Ituzaingó se llenó de chicos y chicas que armaban grupos en los cordones de la vereda, una multiplicación de esas esquinas que se esparcen por los rincones del conurbano norte. “Después los pibes que venían empezaron a juntar plata para comprar coronas —me contó Chaías, que esa noche amaneció allí—. Siempre que pasa algo así alguien saca un cuaderno y van juntando para comprarle las coronas que el finadito se merece.” La mayoría de ellos estaban armados. Hubo quien en una esquina se puso a disparar como homenaje en medio del responso y Pato, el hermano mayor de Víctor, tuvo que imponer orden, llamar a la tranquilidad a los amigos; Los patrulleros de la ira. nunca dejaron de rondar la casa durante las veinticuatro horas que duró la despedida final. Cada tanto hacían sonar las sirenas golpeando con su presencia. Sabina intentaba que nadie respondiera a la provocación. Chaías dice que estaban tan “enferrados” que podían pararse delante de un móvil policial y destruirlo con un cargador por cada uno de los vengadores. Se contuvieron hasta la mañana siguiente, el martes, cuando casi a las nueve sacaron el ataúd de la cocina y lo subieron al carro fúnebre. Hasta ahí llegó la compostura. Una salva caótica de balas hacia el cielo despidió a Víctor Manuel “El Frente” Vital. Y esos disparos comenzaron a transformar su muerte en una consagración, su ausencia en una posible salvación. Eran tantos que fueron necesarios dos micros y un camión con acoplado para trasladar el cortejo entero.

La fila de autos, todos los remises de la zona y ‘os que ese fin de semana habían sido robados, daba la vuelta coniplota bordeando la villa 25. A lo largo de Quimo Costa, sobre el borde del descampado, una hilera de jóvenes vaciaba los cargadores disparando hacia el barro reseco del baldío. «Salimos de acá y dimos la vuelta por los lugares donde él siempre andaba. Cuando la pompa fúnebre se asomó frente a la villa los tiros sonaban como en Navidad. Así fue la despedida de Víctor”, recuerda orgullosa Sabina. Lo enterraron con las banderas de Boca y de Tigre cubriendo el cajón. Y entre las decenas de coronas había una igual a la que había pedido durante sus últimos meses, acosado por

la policía: “Si me agarran, que me hagan una corona con flores de Boca”, había dicho como bromeando sobre un futuro anunciado.

Capítulo II

Pasaron dos años desde el día que pisé por primera vez la villa. Así quedó bautizado desde el principio ese territorio que parecía inexpugnable, aunque en realidad sean tres las villas en las que se cruzan los personajes de esta historia: “la villa”, “mañana voy a la villa”, “estoy de asado en la villa”, “-tengo un cumpleaños en la villa”, «este domingo me espera un pibe en la villa”. La villa fue al comienzo un territorio mínimo, acotado, unos pocos metros cuadrados por donde me-podía mover. El extrañamiento del foráneo al conocer los personajes y el lugar, el lenguaje, los códigos al comienzo incomprensibles, la dureza de los primeros diálogos, fue mutando en cierta cotidianeidad, en la pertenencia que se siente cuando se camina una cuadra y se cruzan saludos con los vecinos, se comenta con alguno el tiempo, se pregunta por dónde andarán los pibes, siempre tan difíciles de ubicar, sin horario alguno, respirando a bocanadas el momento inmediato, el momento mismo en el que se está sin que una próxima actividad, un compromiso tomado, le ponga punto final al presente por imposición del futuro. Cuando conocí a Sabina Sotello no imaginaba que tanto tiempo después seguiría yendo a visitarla, que hablaríamos decenas de veces por teléfono y que me retaría como una mamá preocupada por un hijo cuando desapareciera por demasiado tiempo. Tampoco podía calcular que al fin de la historia sería ella misma quien me guiaría, sin saberlo, hasta los secretos de las villas donde reinó el Frente acompañándome con su talante y su presencia de madre hacia los ranchos donde nunca antes me habían dejado entrar. Faltaba casi un mes para el cumpleaños de Víctor Vital, el 29 de julio, una fecha en la que ella, la familia y los amigos organizan cada año una inmensa chocolatada para los chicos de la zona, matizada con el juego del embolsado y la carrera de esquíes de madera preparados con tablas conseguidas en un aserradero por su hijo mayor. Me esperaba con el uniforme de vigiladora privada en la puerta de un supermercado de San Isidro. Sí, Sabina, la mamá del ladroncito muerto y canonizado, se ganaba hacía tiempo la vida con un empleo elegido adrede en las antípodas del oficio ilegal de su hijo. Hubo un momento, me dijo en el remise que nos llevaba desde el cemento poblado de la Panamericana hacia la villa, en que ya no supo qué más hacer para frenarlo, para convencerlo de que dejara el delito. Entonces se inscribió en un curso de seguridad. Víctor lo tomó como una broma, como un detalle que hacía todavía más pintoresca su elección taimada por hacerse del dinero ajeno. “Já! La madre vigilante y el hijo chorro!”, le dijo cuando ella se lo contó. “A ver cuando me entregás un hecho Sotello”, la gozaba en pleno auge. Entregar un hecho es aportar los datos necesarios para que un lugar sea asaltado. Antes de ser custodia y de manejar un arma, Sabina había hecho un largo camino de esfuerzos por lograr una estabilidad económica que le permitiera darle a los suyos lo que ella nunca había tenido. Para ir a la escuela desde el rancho en el que vivían cerca del pueblo chaqueño de Las Palmas, Sabina y sus dos hermanos varones caminaban cada mañana varias leguas. Iban descalzos. Vivían en un retazo de campo seco, “pobres como los más pobres”. Tenía catorce años cuando se enamoró de un gendarme, un amor de primavera prohibido. Su padre, obrero del ingenio azucarero, odiaba los